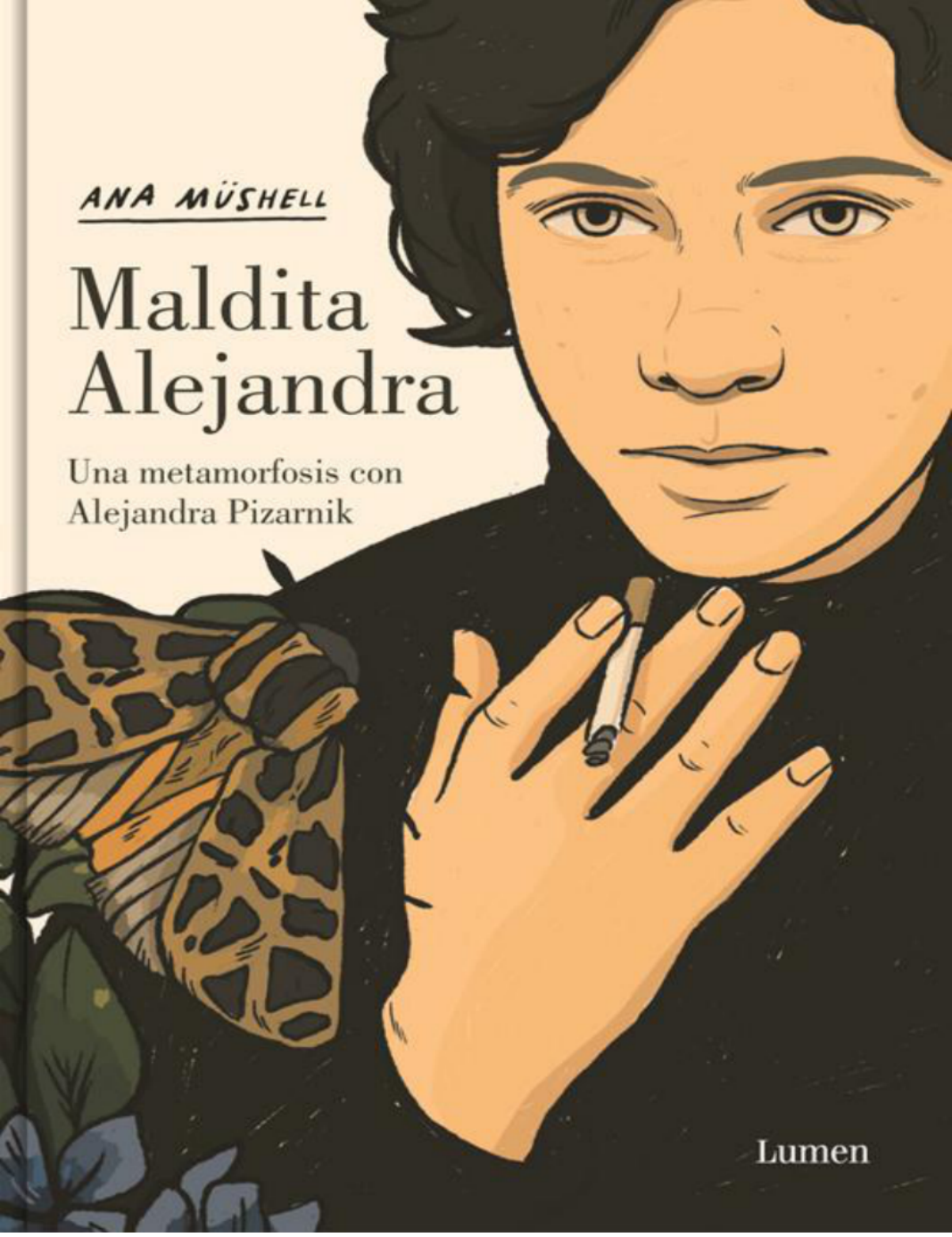
ANA MÜSHELL

Maldita Alejandra

Una metamorfosis con Alejandra Pizarnik



Lumen

Maldita Alejandra

Una metamorfosis con Alejandra Pizarnik

Ana Müshell

Lumen

A mi madre

Prólogo

Ella creía que nadie amaba sus poemas

Ella creía que nadie amaba sus poemas. Y eso que Alejandra Pizarnik era terca, sí. Y que se pensaba muy especial, también. Y que se empeñó en convertirse en un personaje literario icónico y sin comparación, por supuesto. Pero ninguno de sus altivos sueños pudo destruir la sensación de que, en realidad, ella no era nadie. De que su poesía no era nada. De que su existencia tenía que acabar pronto, para quizá sortear así la irrelevancia que experimentaba en vida. Hoy lo llamamos «tener el síndrome de la impostora», como si acaso el juego de la impostura no fuera también plenamente creativo, literario, u otra consecuencia de la imaginación. Alejandra Pizarnik era una impostora porque se disfrazaba con el atuendo del personaje que había creado para sí. Lo cosió amorosamente. Lo remendó cuando su depresión lo hacía añicos. Le dio brillo y lo perfumó con flores para vencer la dura autocrítica que durante tantos años proyectó sobre sus nervios: «Nadie quiere mi poesía».

¿Qué significa «querer la poesía de alguien»? Yo lo sé: volverla un credo. Porque resulta que cincuenta años después del suicidio de una de las poetas más determinantes de la literatura latinoamericana del siglo XX, el nombre de Alejandra Pizarnik ha transgredido todo lo que significaba en su tiempo la palabra *poesía* y se ha convertido en un fenómeno más grande, más amado, más, digamos, espiritual. Querer la poesía de alguien, entonces, no es solo valorarla, ni solo disfrutarla, ni solo tenerla en cuenta cada vez que haga falta recurrir a la genealogía feminista de la lírica. Querer la poesía de alguien, en el caso de esta autora, es seguir a ciegas su voluntad, desear experimentar en el cuerpo lo que sus palabras trajeron, y hasta rezar a su fantasma, como

si fuera el de una musa, el de una diosa, el de una ídola arcaica.

En el libro *Contra la interpretación*, la escritora Susan Sontag dijo a propósito de James Joyce que su gesto más arriesgado fue el de pretender que sus lectores se dedicaran a él «de por vida». Sontag, sin embargo, entendía al autor de *Ulises*, y le parecía lógico que hubiera escritores que nos exigieran someternos a su obra, entregar nuestra vida a ellos, rezarles para siempre y sin queja. James Joyce no es el único en haber creado una secta propia, joyciana. Jorge Luis Borges, por ejemplo, tiene su secta borgiana, aunque a él le gustaba más presumir de que pertenecía a la del rarísimo narrador francés Marcel Schwob. Los schwobistas existen, aunque parezca mentira. Del mismo modo que existen —y, por favor, disculpadme el exceso de adjetivación masculina en este fragmento— los ferrantianos, los bolañistas, los flaubertianos o los woolfistas.

Lo que quiero decir es que una sabe que un escritor o una escritora ha pasado a formar parte del canon cuando se hace imposible no mencionar su nombre al intentar hablar de la historia de la literatura. Y si la historia de la literatura está llena de sectas selectas, sería estúpido no entender que la fe de las pizarnikianas y de los pizarnikianos es hoy más que palpable. Ella creía que nadie quería sus poemas. Hoy sus poemas son tatuajes, y son canciones, y son asignaturas en las escuelas de escritura, y son conjuros que cantan las niñas góticas, y son cartas de amor entre amantes a un lado y al otro del charco, y son versos traducidos por las mejores editoriales, y son menciones en centenares de *papers* y de trabajos de fin de grado, y también de tesis doctorales que pretenden demostrar, por fin, el peso de una de las mayores poetas y pensadoras del siglo xx. Alejandra Pizarnik, escucha: te quieren.

Y no solo eso. Algunas lectoras, además de quererla, la han convertido en medicina. Evidentemente, estoy hablando de lo que ha hecho en las páginas de este libro la ilustradora jerezana Ana Müshell. *Maldita Alejandra* es su homenaje o, por seguir con el símil religioso, una de las mejores reflexiones y reflexiones a esa biblia pizarnikiana que podrían ser su *Poesía completa* o sus *Diarios*. Müshell ha estudiado la vida y la obra de la poeta argentina, haciéndonos descubrir algunos

de los pasajes más importantes de su experiencia en los círculos literarios de Buenos Aires, en las calles más ebrias de París o en las cloacas más terroríficas de la depresión, para convertirlos a través de sus dibujos magníficos en pildoritas tragables. En curas para quienes leemos a Pizarnik pero no queremos hacernos daño. En remedios para poder seguir bebiendo su veneno, sin desmayarnos.

En este manual de teoría pizarnikiana, que es a su vez el diario personal de una mujer millennial preocupada por el retrato de la salud mental, y que es al mismo tiempo un demasiado-demasiadísimo bello-bellisísimo álbum de ilustraciones, cualquier lector o lectora encontrará la literatura necesaria para curar sus heridas. Ana Müshell descubre a Alejandra Pizarnik cuando vive uno de los peores momentos de su vida, y del suicidio de su escritora preferida aprende que la clave no es seguir sus trágicos pasos, sino quedarse del lado de la vida para poder continuar leyendo, y compartiendo, y dibujando sus pesares y los ajenos, y no dejar de lado la belleza que también nos entrega el mundo.

En su último escrito, sobre una pizarra que coronaba su despacho, Alejandra Pizarnik sentenció: «No quiero ir nada más que hasta el fondo». Pero es que en cada uno de sus trazos, expandidos en estas páginas entre alas de polillas, humos y miradas hondas, Ana Müshell entiende que quizá en ese fondo acuoso una también podía hacer pie. De modo que no nos ahogamos con este libro. Ni mucho menos: con él flotamos. Y en ese flote aprendemos sobre la importancia de los vínculos afectivos entre escritores, y nos dejamos llevar por la corriente plácida de la literatura que cambió la lengua española, y nos refrescamos el rostro con las salpicaduras —pues ya no son lágrimas— de la mujer que con su huida nos invitó a vivir.

LUNA MIGUEL

Junio de 2022, Barcelona

Larvas

13 de enero

Ocho de la mañana. Imposible. Abro los ojos, pero me niego a levantarme.

Empiezo tarde, a las doce. Como si fuera capaz de empezar algo. Hay personas que son productivas, sea lo que sea eso, y luego estamos los insectos que despertamos extraños y que movemos las patitas asustados e incómodos con la realidad. Me refugio debajo del edredón blanco: si salgo tendré que vivir.

Me quedo tirada ignorando que ahí fuera seguramente vuela un día nuevo. Continúo siendo un monstruo alado que roe recuerdos de un amor que fue; todos los verbos de esa historia se escriben ahora en pasado y el ayer se me hace bola en el estómago. Por la ventana, las vidas ajenas, el olor a suavizante de ropa, el ruido de las cocinas. Aquí dentro todo está plastificado y por desenvolver. La existencia amortiguada bajo una capa de papel burbuja. Terminé la mudanza hace pocos días y me siento desplazada, como si no me estuviera permitido manchar las cucharas y los vasos.

Tengo la sensación de estar donde los demás son. Deambulo en una realidad que no es la mía. Espero la calidez.

17 de enero

Suena Billie Holiday mientras doy pequeños sorbos a un café que casi hierve y me pregunto si volver a nacer repararía la herida.

En la mesita de noche: libretas con algunos pensamientos tristes, una botella de cristal llena de agua, un jarrón con flores secas y los diarios de la poeta Alejandra Pizarnik para acompañarme. La niña Alejandra.

Indago y descubro que Flora Pizarnik nació el 29 de abril de 1936 en la provincia de Buenos Aires y allí murió treinta y seis años más tarde. Presunta causa de la muerte: suicidio. Pero incluso si decidió marcharse, seguirá siendo una niña. Infante delicada y rebelde. Siempre lo fue y siempre lo será. Ahora está muerta, como todos los mitos, como todas las voces malditas de la gran literatura. Voz que va creciendo como una sombra: ese era su destino, parecido al de una rosa arrancada en el instante mismo del rocío. Tan solo una niña a la que desde entonces veneramos con el nombre de Alejandra, y que vela conmigo la oscuridad de los días.

Las heridas se abren en la infancia, cuidado con ella. Cuidado con los gritos, con las agresiones; cuidad a las niñas que se aíslan en silencio y desaparecen, y no hablan, y quieren decir, pero aún no conocen las palabras. Cuidadlas. Animadlas a ser fuertes. La infancia es todo. Pienso en volver a ser niña.

20 de enero

Visto de negro. Abrigo negro, bufanda negra. Podría estar de luto el resto de mi vida si quisiera, motivos no me faltan, pero si visto de negro es más porque me gusta ese color.

Me sudan las manos dentro de los guantes dentro del abrigo.

Hoy he quedado para almorzar con C. en un esfuerzo por sentirme viva, por sentir un aire que no esté viciado con mis pensamientos cuando el cerebro inicia su propia retahíla y no da tregua entre una tristeza y otra. Necesito salir, pero en realidad no puedo.

Reconozco el temblor. He desarrollado un miedo extraño a la calle, noto que comienzo a morir en cuanto salgo por la puerta.

Ante el estímulo del aire libre, el estómago se contrae como si recibiera una patada y eso acelera mis pasos. Ando deprisa en una huida a ninguna parte. Una huida de mí misma a campo abierto. Tened consideración cuando alguien con ansiedad acepte una cita: seguramente llegue tarde, sudando y con una pastilla debajo de la lengua. Nos gusta pasar inadvertidos, huir del foco de la vida.

Reconozco a los que cargan con el miedo dentro de sí: los distingo

como iguales por su forma de andar y por la mirada esquiva. Nos gusta el silencio, y la calle es ruidosa y abierta y demasiado expuesta. Nos gusta poder desmayarnos o vomitar sin que nadie nos vea.

En el restaurante la luz es temblorosa, demasiado blanca y directa, y yo odio las luces blancas y directas; más aún si además tiemblan. Me hace sentir insegura: ¿el temblor viene de dentro o de fuera? Un espejo luminoso de la realidad interrumpida.

C. habla y habla, pero el torbellino de mis pensamientos tira de mí y

me cuesta fijar la atención en sus palabras. Sudo. Tengo miedo a morir. Desde hace meses me aprieto con ambas manos la caja torácica para aguantarme este miedo tan profundo a morir en cualquier momento.

Bebo agua. No soporto el ruido de voces, del masticar de otras bocas, el murmullo sordo que al parecer nadie más oye. Nuestra comida se retrasa y quizá me caiga de la silla. Sería todo un espectáculo: no puede una ni morir tranquila.

¿Funciona mi cuerpo? Esto va a acabar conmigo. Siento la alarma y al instante sobreviene un ataque de pánico: a veces noto cómo repta hasta atraparme, pero hoy ha llegado muy deprisa. Rebusco ansiosa en mi bolso las pastillas que tomo desde hace tiempo para engañar a los nervios: bajar el ritmo cardiaco, devolverme a la vida, sacarme de dentro de mí misma. Nadie me las ha recetado, pero son baratas y me adormecen. Finjo que se me ha caído algo y me agacho para ponerme una debajo de la lengua, porque qué vergüenza tragar pastillas delante de C., delante de la gente, no vayan a pensar que me pasa algo.

Noto el sabor amargo. Veinte minutos hasta que haga efecto. Respiro. Fuerzo una sonrisa: C. sigue hablando. Unos segundos más cerca de la huida. El miedo al miedo aprieta en el esófago y la tráquea. Desdoblarse es parte de la fuga. Ser dos o más, una presente y la otra maldita. O todas malditas.

Me alcanza de pronto el poema «El deseo de la palabra», donde la propia Alejandra, mi compañera de abismos, se describió como una suerte de fuga, como papel de colores, troquelable, como múltiples y multiplicadas niñas a la vez:

> *Pasos y voces del lado sombrío del jardín. Risas en el interior de las paredes. No vayas a creer que están vivos. No vayas a creer que no están vivos. En cualquier momento la fisura en la pared y el súbito desbandarse de las niñas que fui.*

Es cierto que la pequeña de las Pizarnik creció siendo muchas Alejandras a un tiempo: Flora, Buma, Blímele, Sasha, Alejandra. Múltiples nombres para sus múltiples yoes, herramientas de supervivencia en ese destino que con su propia lírica imponía.

Es constante en su literatura el goteo de esa idea intrusiva, de esas preguntas: ¿quién soy? ¿Cómo me llamo? ¿Cuántas niñas hay dentro de mí?

Sus preguntas me atrapan en el desdoblamiento y siguen conmigo mucho después de despedirme de C. y regresar a casa.

21 de enero

No consigo dibujar. Para dibujar hay que estar, y yo no estoy.

Despierto mal. Desayuno poco pero varias veces, y con cada nuevo desayuno me tomo una pastilla para calmarme. Construí esta casa para resguardarme del miedo y ahora no puedo salir. Una larva petrificada en una piel pegajosa con forma de piso alquilado.

Sobre mi mesa respiran flores blancas y se apilan libros y un ordenador Mac regalado, porque yo no tengo dinero. Suena algún disco de jazz de esos que se grabaron en algún tugurio lleno de seres repudiados y maravillosos. Decido que solo puedo leer. Apago el Mac y regreso a la biografía de Alejandra.

Ha empezado a ser un fantasma habitual en mis pensamientos, una niña que buscó el refugio interior mucho antes de darse cuenta de ello.

La menor de los Pizarnik llevaba el fuego dentro. Hija de exiliados de la Europa del Este —judíos de origen ruso y eslovaco—, su apellido familiar era en realidad Pozarnik, del ruso *pozhar*, «fuego», algo que convertía a la futura poeta en una llama, en una caliente brizna de luz. Y aun así, de pequeña ganaba el frío. Rarita, la más bajita y rechoncha de entre las amigas de la escuela, Alejandra sentía envidia de su hermana mayor, Myriam, porque la comparación entre ellas era constante. La exigencia de la madre le hizo sentirse poca cosa, así que se cobijó en la imaginación; soltó amarras, desdobló sus mundos.

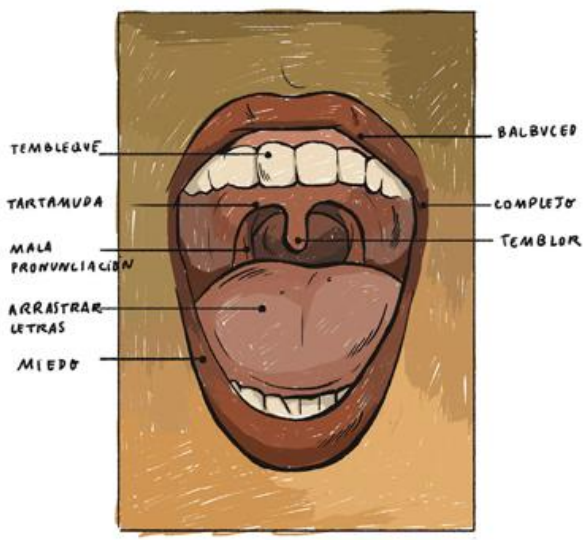
En otro poema se refiere así a aquellos años en los que se recuerda como una cría indefensa y empujada a la envidia:

> *No, aún es demasiado desconocida, aún no sé reconocer estos sonidos nuevos que están iniciando un canto de queja diferente del mío que es un canto de quemada, que es un canto de niña perdida en una silenciosa ciudad en ruinas.*[1]

Lo leo en voz alta, me recreo en su sonido, como un fuego que espanta

los miedos. Ella no habría podido hacerlo: Alejandra Pizarnik, que años más tarde revolucionaría el lenguaje escrito de la poesía en castellano, era tartamuda. En sus diarios me topo con un lamento perpetuo por su trastorno, hechizo que parece condenar su lengua al miedo infinito.

Ese titubeo del habla que, según ella, le devolvía a la infantilidad y a la inocencia vergonzante. ¿Qué significa *niña*? Tembleque, balbuceo, la burla de los demás. Años cuarenta: mientras que su hermana Myriam tiembla de miedo por las noches, acosada por pesadillas en las que Adolf Hitler quiere raptarla, Alejandra trata de dominar el temblor de su lengua y se agita ante otro tipo de pesadillas; las suyas tenían que ver con si sería querida, con si llegaría a alcanzar la relevancia.



2 de febrero

Imagino vegetales rompiendo la tierra para nacer y crecer. Imagino la flor de la calabaza a cámara rápida, floreciendo y desarrollando el fruto. El color naranja. La crema de calabaza y puerro me hace feliz.

Hoy el miedo está adormilado, me puedo mover. Aprovecho y cocino para mí y empiezo a sentir este nuevo y pequeñito hogar más

mío. Para almorzar, puse la mesa bonita. Servilletas de cuadros amarillos, velas y una copa de vino.

> Las personas fóbicas tienen la tendencia a localizar su atención en ellas mismas debido especialmente a la intensidad de sus emociones negativas. Muy a su pesar, están más atentas a su enfermedad interior que a la situación exterior.[2]
>
> CHRISTOPHE ANDRÉ, *Psicología del miedo*

Hay veces que el desdoblamiento no se produce y el temblor se amortigua. Me propongo salir. En realidad, esta soledad no es una opción. Quiero comprar fruta. Es bonito ir a comprar fruta.

La rutina del miedo: respiro hondo, noto taquicardias que me son muy obvias —¿de verdad nadie a mi alrededor las advierte?—, el corazón late a ese ritmo insano, siento oleadas nerviosas en la boca del estómago. Llaves, cartera, móvil. Por si acaso, una de mis pastillas amarillas bajo la lengua. Una entera. A falta de armadura, coraje encapsulado. Me siento en silencio a la espera de que me haga efecto. ¿Cuándo comenzó el miedo?

Una de mis primeras psicólogas me decía: «Hazlo. No lo pienses. Hazlo. La agorafobia es el miedo que se adelanta al qué pasará, y luego no pasa nada. Y te va a dar justo antes de cruzar la puerta. Sal sin pararte a pensar».

Los ansiosos, las larvas que nos retorcemos bajo la piel, tenemos la habilidad de recrearnos en los futuros más terroríficos. ¿Moriré comprando fruta? «Murió entre kiwis y plátanos». Sería una vergüenza como necrológica.

Cruzo la puerta, subo al ascensor, pulso el botón del bajo y, por imitación, es la sangre la que me baja de golpe hasta los pies desde la cabeza. Y ahí se queda. En el ascensor soy un fantasma y me pitan los oídos y no me entra el aire. Subo de nuevo. Abro la puerta de mi casa. No estoy preparada; creo que hoy podré vivir sin naranjas.

5 de febrero

Alejandra, estoy encerrada y hundida. Soy un fracaso. Aquí, en este

pequeño piso, alejada de toda relación humana, intento trabajar, pero no me sale. Hablo sola, me fustigo y me refugio en tus diarios. Y te hablo a ti, ya ves, a tu fantasma, que se ha instalado aquí conmigo. Nadie entiende el dolor y la soledad como tú. Tu escritura se está convirtiendo en mi rutina; los animales miedosos somos rutinarios. Tú sigues siendo niña, y yo sigo jugando a tener ataques de pánico. Somos niñas, Alejandra. Tu fantasma se sienta en esa silla cuando te leo.

Para Alejandra Pizarnik, *niña* significaba fuego, burla, lengua rota, indefensión. A una edad en la que todas las taras parecen crímenes de guerra. En un lugar desde el que se hace imposible distinguir lo bueno de lo malo.

En clase era la marginada, en casa se sentía atormentada, en las calles jugaba sola. Pero eso era también ser niña para Alejandra, que perseguía respuestas desde una conciencia privilegiada. A ella la salvó la inteligencia, o quizá la condenara. En sus diarios, describe así los momentos en los que, siendo muy pequeña, ya intuía un dolor que la perseguiría de por vida:

> Mis noches de verano cuando niña. En la terraza con mosquitos. Miraba el cielo. Algo me alentaba. Allí estaba lo que mi hambre anhelaba.
> ¿Cuándo comenzó la desgracia?[3]

Cierro el libro y pienso en mi respuesta: la desgracia siempre estuvo allí, pero eso ella ya lo sabía. Hay cierta libertad en saberse feílla y desaliñada, un consuelo en la conciencia de que si nadie espera nada

de ella, tendrá el margen para convertirse en quien desee.

Alejandra no ve en sí la belleza, la candidez y la bondad que su familia asocia a su hermana Myriam. Si ella tiene fealdad, acné y enfermedades, escribirá sobre ellas: convertirá su oscuridad en rebeldía. Alejandra, las muchas Alejandras, todas las Alejandras tienen esa ventaja: cuanta menos atención les presten, mayor será su libertad de movimiento, más podrán ironizar sobre sus circunstancias, y con mejor literatura recrearán lo que les duele.

mis alas?
dos pétalos podridos

mi razón?
copitas de vino agrio

mi vida?
vacío bien pensado

mi cuerpo?
un tajo en la silla

mi vaivén?
un gong infantil

mi rostro?
un cero disimulado

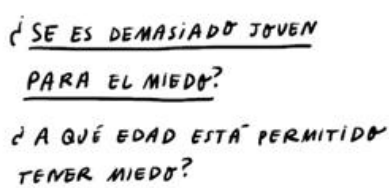
mis ojos?
ah! trozos de infinito[4]

7 de febrero

En urgencias me han dado alprazolam. El sufijo *-am* en las pastillas me es familiar y me tranquiliza: alprazolam, lorazepam, bromazepam, citalopram. Pequeños puntitos blancos que flotaban en los cajones de los muebles de mi casa cuando era niña. El miedo, la ansiedad y la depresión recorren mi árbol genealógico y se ceban con mi ramita de treinta y dos años.

Alprazolam de 1 mg debajo de la lengua y las manos adultas de una médica que me da golpecitos cariñosos en la espalda hasta que logra calmarme. La doctora me mira con cariño a través de sus gafas de madre. Me la imagino leyendo en un sillón tapìzado con tela de flores victorianas en un salón repleto de fotos de hijos y sobrinos, cumpleaños y graduaciones, todas en marcos dorados. Seguro que tiene un perrito de color canela con el pelo suave que se sienta a su lado para ver la televisión.

Estoy a punto de preguntarle si podría adoptarme, porque me siento sola y huérfana. Sus manos adultas con las uñas bonitas y un anillo de casada me acarician la espalda durante un rato, venga, que ya se te pasa. Eres muy joven para tener esos niveles de ansiedad. Vete a casa y duerme.



10 de febrero

El fantasma de Alejandra Pizarnik se sienta a mi lado y fuma.

Leo que era un bicho. Que al principio era una cría decidida, pero que un día, de pronto, algo se torció. Empezó a fumar con sus amigas, muy niña ella, rebelde, en una habitación adolescente con una pared pintada de negro, porque Alejandra ha invocado a la oscuridad de

todas las maneras posibles. Allí resonaban los nombres de Sartre y de Rimbaud. Precoz, inteligente, rara.

Abro la ventana para que se vaya el humo del cigarrillo.

Un barrio humilde. Faldas de cuadros. El humo de las chimeneas. La niña Alejandra dibujando en las aceras. Tiene la cara llena de granos y se la destroza a fuerza de petárselos. Demacrado el rostro y demacrado también el barrio de Buenos Aires por el que pasea con sus zapatos rotos.

Todos son migrantes o hijos de migrantes, y aunque con ellos comparte el éxodo, la sensación de extranjería o la condición humilde, Alejandra se avergüenza de su origen. ¿Pertenece a ese país? ¿De verdad es suya esa barriada de Avellaneda, habitada por obreros?

Las familias judías, como la suya, mandan a sus hijos a aprender la historia de su pueblo, así que ella reparte su tiempo entre la Escuela Normal número 7 de Avellaneda, y la lectura y la escritura del yidis en la academia hebrea Zalman Reizien Schule.

Puede que no terminara de consumar el amor por sus orígenes, pero el estudio atento de aquellos caracteres, de aquellas páginas viejas, la llevó a enamorarse de los libros.

11 de febrero

P. vino a verme ayer. Fue testigo de lo mal que convivo con el orden de las cosas: los objetos eligen su sitio y yo los dejo ahí si ellos son felices. P. se bebió todo el vino que había en mi nevera y me habló de su trabajo, de sus angustias y de no sé qué infelicidad. P. y yo nos conocemos desde hace mucho, pero como si no. La odié cuando me preguntó a escupitajos si haberme encerrado en mi piso/estudio/zona de llorar y lamentarme era una manera de huir de los problemas. Que quizá esté huyendo de mi vida anterior, de mi ruptura con J., que en realidad me gusta sufrir.

Anímate, mujer, me dice. Y yo pienso que claro que sí, que cómo no se me había ocurrido antes. No lo digo porque me gusta conciliar, aunque no concilie con la vida. Al irse me dejó una botella vacía y una copa sucia. Y también me dejó pensando, y la maldije por eso, porque no necesito engordar el abismo de mis pensamientos.

Me tumbé agotada de escuchar. ¿Sufro porque quiero sufrir? No consigo no hacerlo. Todos los días lucho por levantarme, por comer, por dormir, por conservar un trabajo que es precario, insuficiente. Me arrastro si tengo que salir de aquí, y sufro ansiedad constante, y analizo y analizo y no tiene sentido, pero es así. Pues todo ahí fuera me hace temblar, yo misma me hago temblar y siento que lo pierdo todo.

La copa sigue vacía y sucia. ¡Qué ajco!

12 de febrero

Mamá, quizá ahora no estoy muy bien. Hoy hacía mucho frío y me puse tu enorme abrigo negro; siempre supiste elegir bien la ropa, cosas de madre y de la experiencia, supongo. Yo soy un desastre como adulta, no sé si sé hacerlo, aunque me esfuerzo. ¿Cómo pudiste ser madre en este mundo tan raro? Nunca te pregunté si quisiste ser madre o no tuviste otra opción.

Tú tenías miedo a los sitios cerrados, y yo ahora colecciono palabras que terminan en *-fobia*. Intento comprenderlo y cuidarme del miedo. Pero no voy a poder hacerlo sola, buscaré ayu...

Dejar notas y cartas a alguien que ha muerto con la esperanza de que esas palabras le lleguen es otra forma de sobrellevar el duelo. También lo es creer que si se cae la foto en la que sales con tu madre —esa que

pegaste a la pared con celo del malo—, ha sido cosa del muerto, que no tiene nada mejor que hacer.

Qué huérfana se siente una con treinta años sabiendo que seguirá siéndolo hasta el fin de los días.

¿Qué significa *madre*?, me pregunto, le pregunto a Alejandra.

La suya siempre sonreía en las fotos. Rejzla Bromiker, se llamaba. Rosa. A su familia le gustaban los juegos de palabras. Cuando Rosa le dijo a su madre que estaba saliendo con un hombre apellidado Pozarnik, esta le preguntó: «¿Acaso es bombero?». *Pozhar*: «fuego».

Rosa había nacido en Rusia, y en 1934 dejó a su familia —a sus hermanas, a su madre Flora— para desembarcar en Argentina sin saber una palabra de castellano y ya embarazada de Myriam. Vivía preocupada por ellas, ante el auge del nazismo en Europa. Durante los años de guerra, las cartas de los conocidos que habían quedado atrás fueron espaciándose. Desapareciendo. Si alguien ya no tenía la capacidad de comunicarse por carta, ¿significaba que había muerto? Palabras sobre papel como prueba de vida.

Salvo una hermana, toda la familia Bromiker falleció en el Holocausto; ¿cómo marca eso a la descendencia?

El poemario *Extracción de la piedra de la locura* —tal vez el libro más célebre de Alejandra Pizarnik, publicado en 1968— lo encabeza la dedicatoria «A mi madre». La poeta podría haber reflejado así el profundo miedo de su progenitora ante la progresiva desaparición de los Bromiker.

Porque ¿qué es una madre? Para Alejandra: aquello que hace daño. También: aquello que llora por el daño. También: aquello que lo

inunda todo, o palabra en la que desde muy pronto nunca quiso verse reflejada.

> *Los ausentes soplan y la noche es densa. La noche tiene el color de los párpados del muerto.*
> *Toda la noche hago la noche. Toda la noche escribo. Palabra por palabra yo escribo la noche.*[5]

¿Y qué significa *padre* para Alejandra? En su poesía, la palabra *padre* está oculta: apenas aparece una, dos, tres, cuatro..., ni siquiera cuatro veces en las casi quinientas páginas que ocupa su *Poesía completa*. Elías Pozarnik ingresó en Argentina desde París, con la mala o la buena suerte de que los oficiales de la aduana confundieran sus letras y le llamaran Pizarnik. Fuego sofocado en la errata.

El 23 de noviembre de 1971, su hija menor escribió uno de los escasos poemas en los que puede rastreársele, «Poema para el padre», donde dice:

> *la canción que no le dejaron cantar*
> *sino a través de sus ojos azules ausentes*
> *de su boca ausente*
> *de su voz ausente.*[6]

A Elías le gustaba la música, una pasión que le venía de familia y que se instaló en el ritmo de las palabras de Alejandra. Él, que escuchaba a Jacques Brel y a Edith Piaf, y ella, que luego sería traductora de la lengua del belga y de la francesa. Elías no se dedicó a la música, sino que trabajó como joyero en Avellaneda. Al volcar una mirada soñadora sobre el pasado, sus dos hijas imaginaban que los de su sangre habían sido joyeros del zar. Recalca Cristina Piña en *Biografía de un mito* la marca de los relojes de oro Omega, «que el padre les vendía a los obreros peronistas, prolijamente dispuestos sobre algodón amarillo».[7]

Padre significa lujo para los demás. *Padre* significa horas de encierro y de trabajo. *Padre* significa golpe dorado, pues, al contrario que en la *Poesía completa*, la palabra que lo designa aparece muchas más veces en los *Diarios* de la escritora: allí Elías es más violento, ataque hepático, «Mis padres como únicos culpables», «No acepto viajar con mi padre», «No puedo mirar a los ojos de mis padres».[8] *Padre* significa ensoñación. También dolor.

14 de febrero

E-mails en los que acepto trabajos que no sé si seré capaz de realizar o si los haré con suficiente calidad. Estoy inválida de fuerzas, como si de verdad fuera un bicho pequeño y lento. ¿Qué puede hacer una larva excepto confiar en que no se la coman los cuervos? Espero poder trabajar. Tengo miedo de hundirme, de caer y de no levantarme. He caído ya algunas veces. Cuando el cerebro no va bien, una se siente irremediablemente enferma. También la enfermedad puede adoptar mil nombres. Nombres inquietantes. Como *escarlatina*. Alejandra la padeció.

Alejandra había cumplido los doce cuando enfermó de gravedad. Ese cuerpo bajito se calcinaba, esa carne rechoncha enrojecía, esa mirada a menudo apática brillaba por la fiebre. Fueron meses de encierro. Días que para ella significaron una soledad devastadora. Tanto Myriam como sus compañeritas de clase decían que aquella

experiencia le cambió la vida, que ya nunca fue la misma: le tendió una nube sobre el ánimo, la volvió más callada, le quitó la alegría.

¿Qué sentido tiene una vida que solo puede trascender a través de la enfermedad? Fiebre, faringoamigdalitis, exantema, descamación. Todas sus gotitas de saliva eran contagiosas. ¿Y si fue dentro de esa olla vírica a presión donde nació su obsesión por el fin? ¿Y si fue en esa situación extrema y extraña donde la poeta de los pájaros nocturnos, la poeta del suicidio, la poeta de las perlas negras empezó a emerger?

16 de febrero

Alejandra y yo tenemos miedo. Ella quiere escribir poemas y yo tengo que dibujar para otros: el único dinero que recibiré con el que pagar este carísimo y diminuto piso para mí sola. Por las noches nos encontramos en el salón, ella habla del suicidio. Es un buen tema antes de irse a la cama. Ella, absorta en su escritura. La llamo,

pronuncio la palabra *Flora* y no me mira. Pruebo con algunos de sus otros nombres.

La niña que sobrevivió a la escarlatina se llamaba Flora, pero le decían Buma, Blímele, Sasha. Ahora esos nombres cariñosos comienzan a incomodarla.

Tampoco cabe ya decir que «la niña» fuese una «niña». Y eso que, durante toda su vida, quienquiera que la conociese se preocupó en denominarla así. Es lo que pasa con las jóvenes promesas. Sin embargo, Alejandra no solo prometía: Alejandra era.

Señorita Alejandra Pizarnik. Ahora estamos en la calle, en una esquina. La que no es una niña ha salido del instituto, donde ya despertó su interés por los clásicos, lectura veloz y voraz —¡con qué premura y con cuánta inteligencia leería la adolescente a sus quince años si luego, con diecinueve, devoró todo Proust y todo Heidegger! —, y donde empezó a fumar sus característicos cigarrillos, a pesar de la prohibición paterna.

18 de febrero

Si al menos un poco de amor.

Por la mañana sonó *La javanaise* de Serge Gainsbourg en algún podcast. La canción arrojó un chorro de luz sobre mi cocina y quise

que esa luz se quedara; la he buscado en Spotify y la he puesto en bucle. El miedo también tiene miedo. Las canciones que dibujan un salón soleado con baldosas de colores y plantas tropicales, balcones en ciudades bonitas, dos personas que se gustan y beben vino uno frente al otro mientras les sirven la cena.

Desayuné y luego disolví una pastilla de esas amargas que me funden el cerebro. No sé tragarme las pastillas, para mayor castigo del universo.

19 de febrero

Leo al psicoterapeuta Christophe André cuando describe el miedo a la indisposición y las crisis de angustia, pánico y agorafobia:

> He aquí los más violentos de los miedos, los que dan sensación de perder el control del cuerpo o de la mente. Existe una forma menos grave: la espasmofilia, pequeños vértigos existenciales cotidianos, donde uno se siente como absorbido, física y psicológicamente, hacia alguna cosa extraña. Pero a veces el miedo es exagerado. La impresión de muerte inminente o de volverse loco en un instante es lo que llamamos ataque de pánico y puede acabar en agorafobia. [...] Son los miedos más metafísicos.[9]

Creo que habla de mí. ¿Y de ti, Alejandra? ¿Te pasaba algo de esto? Y si así fuera, ¿querías curarte? ¿O el miedo y la angustia formaban parte de tu papel alejandrino?

Sobre mi mesa, tus poemas y mis libros sobre psicología y melancolía, la manera romántica de denominar a la depresión. Trato de comprendernos, trato de darle contexto a tu sufrimiento para ver si así le doy contexto al mío.

Años cincuenta. No se hablaba tanto de depresión como de tremenda tristeza. La niña era consciente de que algo le carcomía los huesos, ¿y cómo combatirlo? Con la lectura, con la escritura, con la libertad. Si ya se había distanciado de las preocupaciones familiares, sus visitas a las bibliotecas y a las librerías agrandaron el hueco.

Para ella, la escritura se convirtió en una madriguera. En un método de autoanálisis. Había más amistad y más vida en el papel que en las calles. La literatura lo recubría todo. Como la escarlatina. La letra enfebrecía. ¿Literatura escarlata? La niña había encontrado un mecanismo de supervivencia que dependía única y exclusivamente de ella.

He hecho algunos dibujos de personajes que deambulan en lo cotidiano y quizá sea una manera de verme reflejada en algo, ya que lo de mirarme en el espejo no me parece un ejercicio sano. Me autorretrato a través de otros. No pienso que esto sea trabajar, sino más bien un ejercicio para reafirmarme como el personaje que se deja arrastrar por la desidia. Formará parte del proceso y pienso que

también este estado gris formará parte de mí. Y dibujo y escribo sobre esto. Cuidado con el personaje que se come a la persona.

Cuidado con la melancolía. Cuidado con las ramitas por las que fluye la savia de la tristeza porque se pueden volver enredadera.

Un día, Alejandra deja caer de la mesa dos pequeñas notitas en las que había escrito sus diferentes nombres. Quiere definirse y ya está, ya lo ha decidido. La niña a la que bautizaron Flora quiere que todo el mundo la llame Alejandra. Ese será su nombre de escritora. Esa será su personalidad y ese será su personaje.

Un personaje que nace con la creación de cuadernos infinitos, miles de referencias a lecturas, intimidad expuesta en sus *Diarios*. Ahí, Alejandra era capaz de hablar consigo misma, con el fin de reafirmar su apesadumbrada existencia.

> La sorpresa me incita a creer que hay aún en mi alma infinitas posibilidades de hallazgos. Esta sorpresa que otorga la lenta ocupación de mi interior. El pobrecito no se resiste. Soy yo que por pereza y angustia no profundiza. Soy yo y los malditos letreros que la vida instala en cada trecho: ¿PARA QUÉ?[10]

Dieciocho años tenía en 1954 y ya lo andaba mascando.

22 de febrero

A. me llama por teléfono. Que cómo estoy y que ya basta; dice que necesito vitamina D o algo así, y que se acabó estar encerrada. Viene a por mí. A. también convive con el miedo, pero cuando siente que una amiga está en peligro, es como una leona con sus crías: te agarra del pescuezo para ponerte a salvo y luchar. Ella aparta sus miedos para salvarte.

Lloro en cuanto la veo llegar porque me siento abandonada en una vida que no es la mía. Es extraño sentirte un fantasma, ¿no?, y miro a Alejandra, que me sonríe y asiente con la cabeza mientras suelta por la comisura de la boca el humo de su cigarrillo.

A. me hace ducharme a conciencia porque el pánico tiene su propio olor y se adhiere a la piel para reclamarla. Me visto y me maquillo un poco. En el espejo me reconozco de alguna manera, me veo. Cuando salgo del baño, A. ha tenido tiempo de recogerlo todo. Mi piso de mierda es ahora un lugar habitable: ha fregado las pilas de cacharros sucios, ha ordenado los libros por autores como a ella le gusta y ha

cambiado el agua a las flores. Lloro. Lloro porque A. está aquí y me ayuda de esta forma tan bonita. Lloro porque había olvidado que a veces la soledad se evapora.

Anduvimos agarradas del brazo por calles que evitaban ruido y gente. Fuimos a un café. Al entrar, las dos inspiramos profundamente haciendo mucho ruido porque olía a tarta de zanahoria y a brownie, a fruta, a café intenso. Pedimos para merendar como si al día siguiente se fuera a acabar el mundo.

A. me habló de su psiquiatra. Tienes que ir, dijo. A mí es lo que más me está ayudando con los ataques de pánico y la fobia social, de verdad. A ti te ayudará con lo tuyo. Prueba a ir. No puedes dejarte llevar por esta situación.

Estoy leyendo a Alejandra Pizarnik, le digo, y resopla.

Solo te faltaba eso.

Pues me está ayudando leer sus diarios, sus poemas, ¿sabes? Ella habla con naturalidad del miedo y del suicidio.

Le dije a A. que yo también había pensado en el suicidio, pero que vivo demasiado cerca del suelo y subir las escaleras hasta la azotea sería demasiado esfuerzo. Humor negro.

Llama a la psiquiatra, porfa. Hazlo. Si quieres, te acompaño el día que te den cita.

¿Vendrás? Yo no creo que pueda ir sola sin desmayarme por el camino.

A. comprende todo lo que le digo. Cada palabra le es familiar. A. ya ha pasado por esto. Se nos acumulan traumas sin resolver y una vida adulta que no se desarrolla como debería, o como nos han dicho que debería. Cada una tiene su historia, pero nos cogemos de la mano y me convence para que llame a su psiquiatra, para que la llame delante de ella: A. quiere verme pedir ayuda.

Salimos del café y tengo náuseas. Llamo a la psiquiatra, me responde una voz dulce de mujer y fijamos una cita.

El día 2 de marzo a las 18.00.

Cuelgo. A. me sonríe y yo vomito toda la merienda.

24 de febrero

De qué manera continuar con la vida. Hoy he soñado que una mujer sin cara, o tal vez era un reflejo de mí misma, me llevaba de la mano hasta un balcón muy alto y se lanzaba al vacío. Y yo tiraba de un cuerpo suspendido en el aire. En mi sueño ella no pesaba y pude traerla a este lado de nuevo. Si hubiera sido real, habríamos caído ambas. Ella no era yo. Yo estaba en el lado de los vivos. Y me pregunto si será por mucho tiempo.

A veces caigo en un bucle algo existencialista. Me tumbo en el sofá, la escena se torna en blanco y negro, y barajo razones en mi cabeza para seguir respirando. Supongo que si sigo con vida es por los gatos: por dormir la siesta con ellos, los que una vez tuve y los que se fueron. Por releer las cartas que dejó mi madre, escuchar a Bessie Smith mientras cocino, visitar las maravillosas librerías, ir a comprar flores los días en los que todo es horrible. Llamar a mi hermana y saber que está bien, el zumo de frutos rojos, el café a cualquier hora, el cine de Jarmusch, los poemarios de Alejandra.

26 de febrero

He desembalado varias cajas que aún tenía por abrir. Cajas con etiquetas: salón, cocina, dormitorio. La vida se divide en habitaciones. Quiénes somos por cómo habitamos.

Los objetos que cambian de contexto adquieren un matiz diferente, un significado extraño. Los objetos cambiantes que antes estaban en un salón ahora decoran otro, la luz es diferente, y una ya no es la misma. Pensé en todas las células que nacen y mueren a cada instante y sentí un hormigueo.

Se me hace raro vivir sola después de haber pasado muchísimos años en una relación de pareja. Al principio es como un agujero negro en el estómago: las tripas desaparecen; luego, la sensación es que te falta algo en un lado del cuerpo; luego se va poniendo todo en su sitio. Leeennntaaaameeeenteee.

Esto es lo que hablo con mi padre, al que llamo por teléfono a mediodía mientras recojo mi cocina y reviso las plantas para asegurarme de que no se marchitan. Hay rutinas que sientan bien aunque parezcan idioteces.

Papá me pregunta cómo estoy, qué tal voy de dinero y cómo llevo el trabajo. Son los grandes pilares de nuestra conversación semanal. Mal, podría ir mejor y mal, respondo. Él me ayuda económica y sobre todo emocionalmente. Que no me desanime, que si quiero volver a casa a recuperarme y a no estar sola.

No concibo volver a casa. Ahora «casa» es un concepto variante, volátil. Necesito esta soledad tan de repente...

Le cuento que he llamado a una psiquiatra para ir a terapia y se hace un silencio. Le pregunto si sigue ahí. Nadie contesta. Miro el móvil, vuelvo a llevármelo a la oreja. ¿Una psiquiatra?, pregunta al fin, ¿tan mal estás? No te preocupes por el dinero, ¿es eso?

No es eso. No espero que mi padre comprenda ningún tipo de fobia, porque su educación emocional no es la mía. Cuando él tenía mi edad, el gran logro era tener casa, mujer, hijos, coche. Una familia estable o algo así. Para mí, el gran logro es levantarme de la cama y tener razones para hacerlo. No espero que comprenda que no quiero tener una familia a menos que mi trabajo artístico me permita vivir de ello, a menos que mi cerebro se estabilice. A menos que el miedo me dé un respiro.

Papá acabará por comprender que tener depresión e ir a una psiquiatra es como ir al neumólogo si tienes neumonía. Y no pasa nada.

Obviamente, a las pocas horas de hablar con mi padre, llama mi hermana. Que cómo estoy. Que por favor le cuente cómo me siento: punto por punto, emoción por emoción. Que en qué pienso, pregunta.

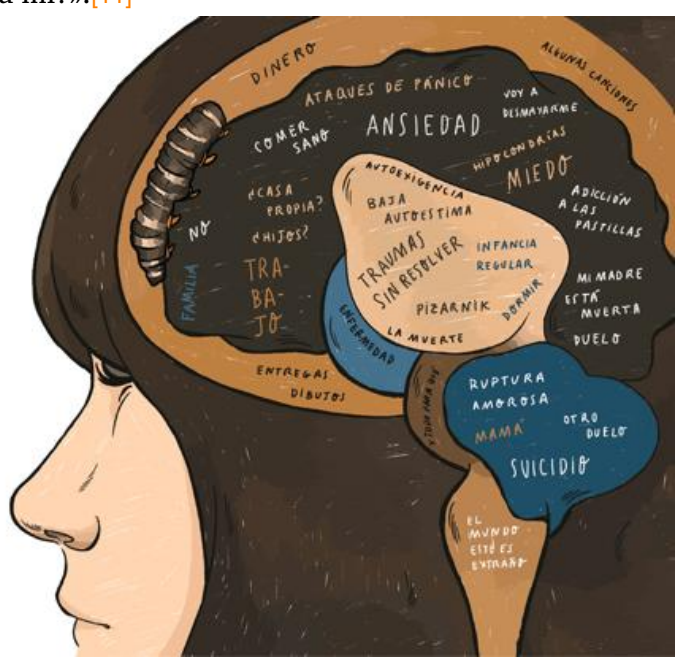
Mi hermana es bioquímica y trabaja con ratones deprimidos. Hay ratones que nadan en una piscina y están tan deprimidos que cuando les acercan una plataforma para subirse y descansar, prefieren seguir nadando hasta ahogarse. Mi hermana conoce cómo se comportan la serotonina, la dopamina, la noradrenalina, la endorfina y el cortisol cuando hay un cerebro y un cuerpo deprimidos. Le cuento todo y ella analiza, mientras yo me arrastro por la habitación como un enorme y pesado gusano. Tengo que activarme, me dice. Tengo que cuidarme físicamente, subir y bajar escaleras, por ejemplo, o hacer gimnasia. Claro. Un gusano en chándal haciendo gimnasia.

Le cuento que voy a ir a una psiquiatra, aunque ella ya lo sabía. Dice que es una idea estupenda y que seguramente me receten algún tratamiento inhibidor de la recaptación de la serotonina. Ajá, respondo. Es para mantener la serotonina en tu cerebro; las bolitas de la felicidad, joder. Ah. Ya entiendo. Vas a tener que aprender a crear nuevos caminitos en tu cerebro para esas bolitas que te hacen sentir bien, la psiquiatra te va a ayudar, ya verás.

Mi hermana tiene diez años menos que yo, pero yo soy siempre la más niña.

Alejandra ha escuchado toda la conversación y se muestra tierna, hay algo en ella que se remueve. Mientras yo hablaba por teléfono, ella ha estado dibujando muñequitos en uno de sus cuadernos. Porque de entre todos los significados familiares, el más amable para Alejandra era el de la hermana.

Aunque su madre intentaba enfrentarlas, hasta la «horrible» hija menor defendía a la «perfecta» Myriam en sus diarios: «Pensar en mi infancia es obligarme a odiarlos. ¿Cómo es posible que hayan carecido absolutamente de recursos mentales y afectivos para hacernos sufrir tanto a Myriam y a mí?».[11]



La infancia era un laberinto. La hermana buena, alta, bonita y educada, en lugar de en una enemiga, se convirtió a menudo en un

refugio. Quizá no fue escritora. Quizá su vida resultó más convencional que la de la hermana pequeña y oscuramente famosa. Quizá, en su caso, el significado de *hermana* —otra palabra irreconocible en la obra poética de Pizarnik— se pudo parecer al significado de *amiga*. Pero lo cierto es que Myriam la ataba al mundo terrenal, como también lo hacían sus hijos, de quienes Alejandra hablaba con afecto, según recuerda Ivonne Bordelois en una de las notas a pie de página de la última edición de su correspondencia.

Así lo expresó ella misma en sus *Diarios*: «El niño de mi hermana me acaricia. De mi ser nacen vapores de ternura. Desfiles de pañales sucios marchan por mi mente. Dejo al niño y pienso en los ángeles mientras maldigo mi antiséptico amor a lo ideal».[12]

Qué dulce la tía Alejandra. Pero... ¿Alejandra? ¿Alejandrita? ¿Florita? No. Eso nunca. Porque Myriam la siguió llamando Bumita —esto es, algo así como «florecilla» en yidis, tal como la bautizaron sus padres— hasta el prematuro final de sus días.

MADRE
QUE SE
MUERE
DEMASIADO
PRONTO

27 de febrero

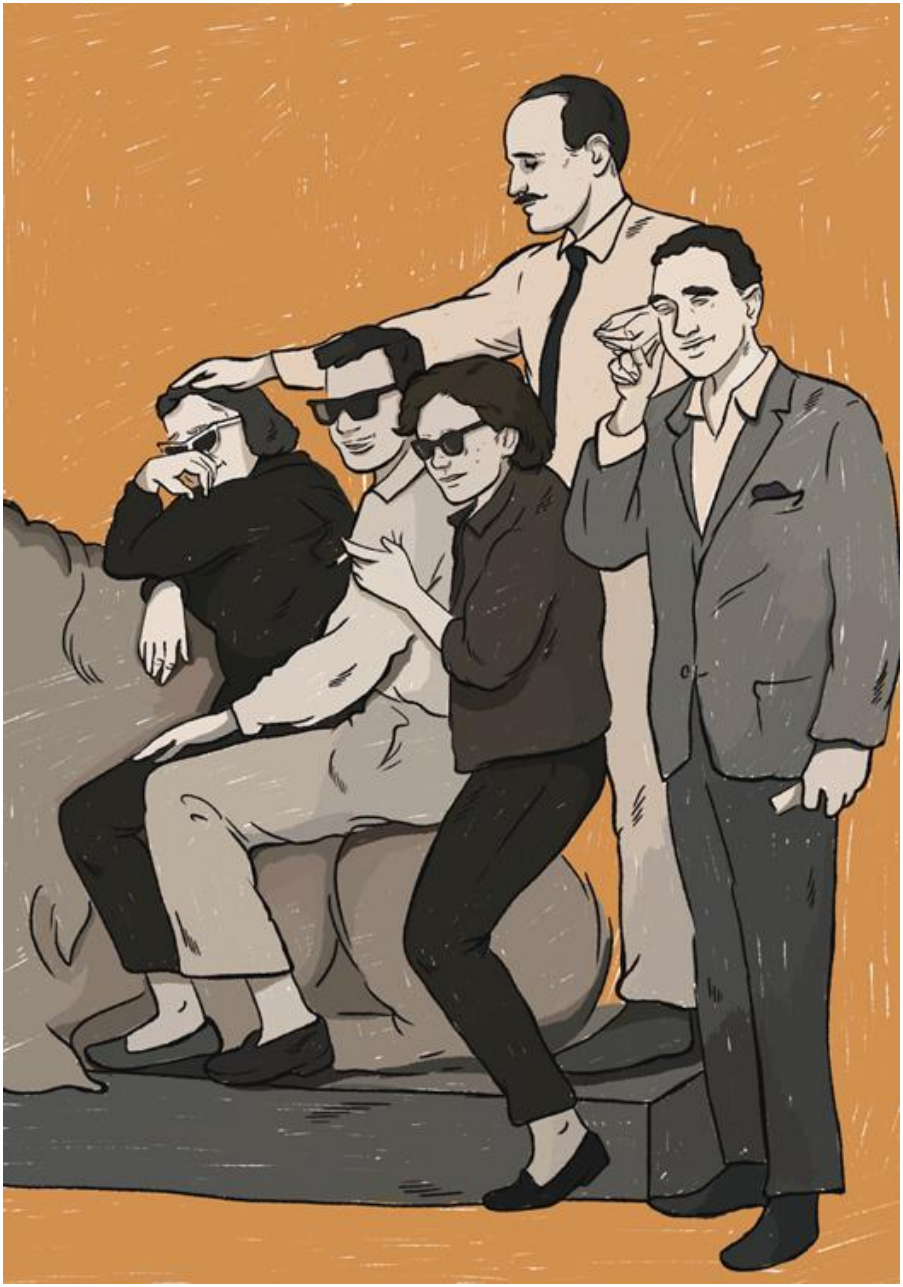
Al despertar, Alejandra quiere café y yo le dejo una tacita encima de la mesa. Me traje a este nuevo hogar mío un mantel de cuadros que cosió mi madre, y a la escritora fantasma le gusta ponerse ahí a leer y a fumar por las mañanas. Ninguna de las dos somos madrugadoras, pero hoy coincidimos y trabajamos mientras Françoise Hardy canturrea en el tocadiscos. Febrero frío y lleno de sol: puede que hoy no estemos tan mal. Aprovecho algo de energía para decorar mis paredes nuevas.

De todo lo que voy colgando en ellas hay un rincón casi como un altar dedicado a los vivos y a los muertos, a mi familia. Puede que no hicieran las cosas bien. Realmente, quién sabe hacer las cosas bien. Esta es mi familia, digo en voz alta, aunque sé que hablo sola porque Alejandra no me presta atención, pocas veces lo hace.

En lo relativo a la familia, a los vínculos amistosos, a los escritores y escritoras amados, Alejandra Pizarnik siempre se hacía preguntas.

Quizá por esa certeza de que la familia moría, faltaba, era volátil o podía volverse violenta, o de que siempre estaba lejos, o incluso de que su sangre era unas veces circunstancial y otras aleatoria…, a Alejandra Pizarnik le obsesionó desde muy pronto extender el concepto de *familia*. Padres y madres elegidos, hermanos, primas y primos: parentesco no de sangre, sino de tinta. O de sangre, sí, pero negra, oscura como la noche que iba atrayéndola.

¿Qué es una familia, entonces? ¿Quién fue su verdadero árbol genealógico de influencias, borracheras y amoríos? Curioso que, al dibujar el rostro de Alejandra Pizarnik, lo hagamos siempre presuponiendo que fue una mujer maldita, o lo que es lo mismo, solitaria. Los otros rompen la manida percepción. Pizarnik nunca estuvo sola.



28 de febrero

Las larvas de interior mudamos la piel, pero siempre nos cubre otra.

He salido con C. a tomar algo; ese algo se convirtió en varias copas de vino. El bar tenía un ambiente cálido y agradable, de esos que imitan el salón de una casa, con cuadros, sofás, mesitas de madera. Había flores en tarritos de cristal. Sonaban los Doors.

Necesitaba esto, le he dicho a C.

También necesitaba hablarle durante horas de mis afecciones mentales. Que vivo rodeada de fantasmas: un amor que ya no lo es, una madre que falta, una escritora muerta, los gatos que ahora están enterrados o maúllan entre ceniza.

Le hablo a C. de este diario y de Alejandra, y ella se interesa. Le explico que Alejandra Pizarnik está siendo mi madre, mi hermana, mi compañera, mi maestra en esto del dolor y del miedo. La leo a ella y aun así se me escapa, no llego a comprender su oscuridad, pero me atrae.

Es como una madre literaria, añade C., y le hace un gesto al camarero porque quiere que le rellenen la copa. Que rellenen la mía también.

Ojalá tuviera yo algo que ver con la literatura. No. Está siendo una especie de maestra del sufrimiento, una risa entre humos, porque Alejandra es un humor negrísimo, y un cuadro surrealista y cotidiano que acompañamos con café y pastillas bajo la lengua.

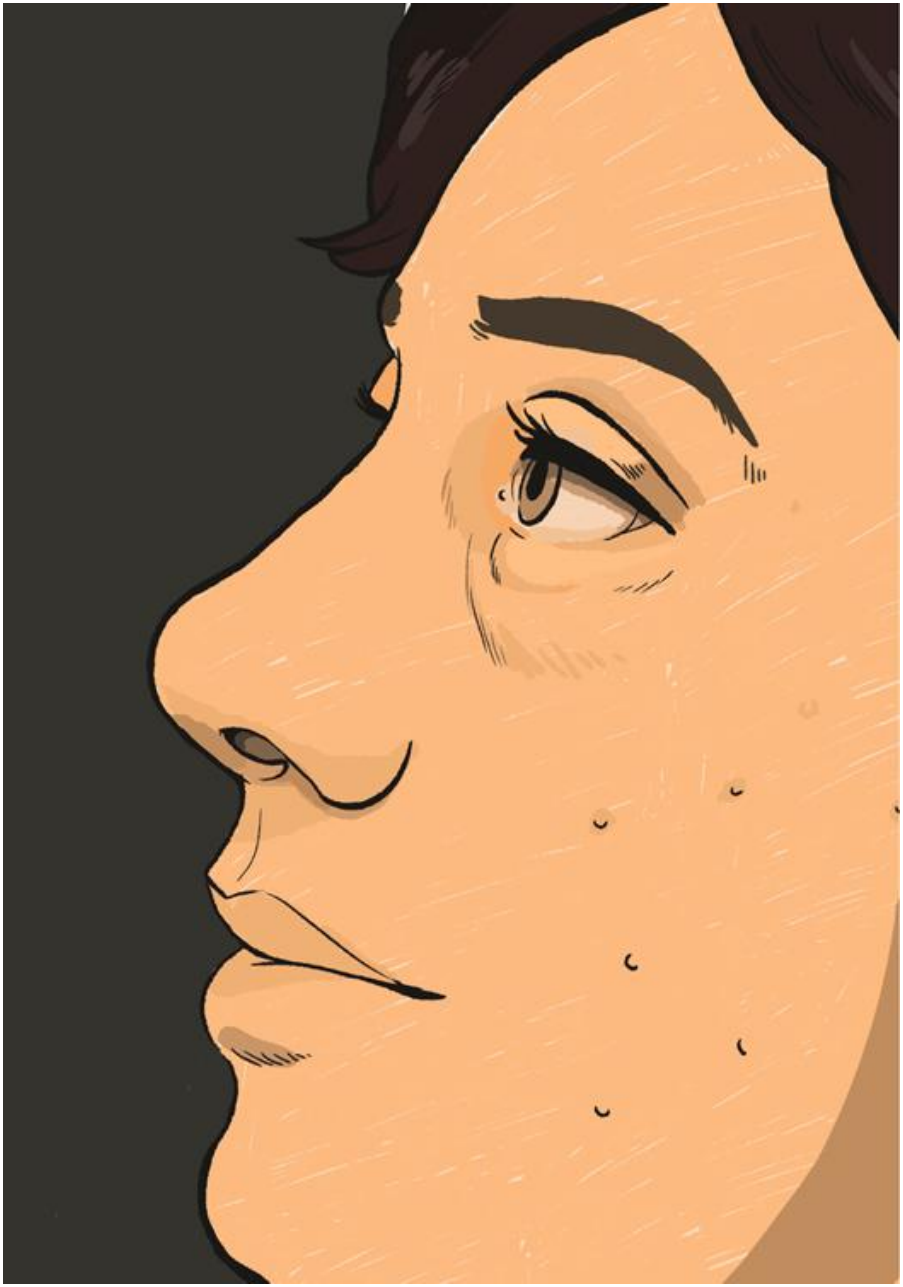
Mientras vuelvo a casa, me pregunto a quién miraba Alejandra como yo la miro ahora a ella.

CUIDADO CON MEZCLAR PASTILLAS CALMANTES, TRISTEZA, MIEDO Y ALCOHOL. NO LO HAGÁIS.
BUENO, SOLO UN POCO Y CON AMIGAS.

En el libro *Nueva correspondencia (1955-1972)*, que recopila las cartas de Alejandra, Juan Jacobo Bajarlía aparece el primero. En ellas, Alejandra Pizarnik emplea la palabra *padre*. El otro padre, el padre elegido.

Catedrático de Literatura Moderna, Bajarlía apareció en la vida de Alejandra cuando ella ya era proyecto de gran escritora, aunque sobre todo de voraz lectora y erudita, y sus seminarios en la facultad de Letras fueron brasas esenciales para prender la ambición literaria de Pizarnik.

Empezó a asistir a sus clases con dieciocho años, aunque siempre fue una alumna aventajada. Según Cristina Piña y Patricia Venti en *Biografía de un mito*, él le propició «los nombres fundamentales para la configuración de su "familia literaria" y su línea de filiación poética», [13] y además fue la primera persona relacionada con la literatura a quien se atrevió a mostrar sus propios textos, los poemas que acabarían formando parte de su primer libro, que firmó como Flora: *La tierra más ajena*.



«Bajarlía a L.: Sí. Alejandra es muy fría»,[14] anotó ella en su diario. Lo era. Fría. Testaruda. Acaparadora. Viciosa. Fumadora compulsiva. No-niña. Nunca-más-niña. Siempre-niña. Mentirosa, pues mentía, como cuando aseguraba haber leído un libro sin jamás haberlo hecho.

Le ocurrió con el *Ulises* de James Joyce: lo abrió imbuida en una voluntad de crecimiento y la prosa la superó. Diría en su diario: «Comienzo a devenir adulta en mi relación con la literatura. Ser adulta quiere decir preferir *Ulises* al *Retrato del artista adolescente*, quiere decir considerar en una ficción su inventiva, su desarrollo, su lenguaje; quiere decir no amar o admirar solamente por identificación o catarsis».

Esta profecía autocumplida la llevó a escribir un poema al coprotagonista de la novela de James Joyce, un texto en prosa con el título de «Dédalus Joyce», que termina así:

> *Hombre sin alimento para otorgar a los que buscan. Hombre de altos mares de surcos desolados. Hombre-barco blanco. Hombre que arrancaste el vómito para sepultar el mito. Hombre de tiempo y espacio que arrastran cuerdas locuras. Hombre superhombre, frialdad y tibieza en conjunción. Hombre.*[15]

Alejandra renegó de este y de todos los poemas de *La tierra más ajena*, publicado en 1955 gracias a la ayuda de Bajarlía. ¿Sería porque se dio cuenta de que su voz aún sonaba impostada, testaruda, infantil, y hasta genialmente embustera?

Aun así, ese primer libro la ayudó a conocer a los surrealistas argentinos y la convirtió en «joven promesa». Desde entonces, su apellido comenzaría a oírse por aquí y por allá.

Muerta la niña, ¿nació Alejandra?

Si Bajarlía fue el padre en la tinta, el papel de madre cabe adjudicárselo a Olga Orozco: «A pesar de todo, aunque suceda cualquier cosa, quiero decirme de nuevo que Olga es el ser más maravilloso que conocí. Y si no la hubiera conocido nunca, si no

existiera, mi vida sería más pobre».[16] O tan pobre que no sería vida. Porque sin madre, ¿existimos?

A medio camino entre hermana y madre, Orozco —dieciséis años mayor que Alejandra— la introdujo en torno a 1956, rayando Alejandra la veintena, en los círculos más selectos de la intelectualidad argentina. Juntas se entremezclaron con los grupos literarios y poéticos de Buenos Aires, sin llegar a decantarse por ninguno, ¡libres como ellas solas!

A veces se peleaban o se distanciaban —especialmente traumática fue la relación triangular con el también poeta Enrique Molina, por quien parece que ambas sentían atracción, y con quien Alejandra se acostaba—, como tantas veces hacen las mejores amigas, pero siempre cuidaban la una de la otra, aunque Olga podía ver la fragilidad de su hija-hermana-colega de tinta y se preocupaba por la eterna niña: «Ella lo esperaba todo de la palabra y muy poco de la vida en sí. Uno no puede construirse una casa permanente con la palabra, uno necesita muchas otras cosas»,[17] dijo en una entrevista.

Cuántas cosas más fue Orozco para ella: confesora, lectora, correctora, hada madrina... Antes, muchísimo antes de que en el mundo se pusiera de moda la palabra *sororidad*, ellas ya la practicaban, ya le daban importancia extrema al vínculo creativo y amistoso entre mujeres-hermanas.

Alejandra escribió un poema muy tierno que puede resumir lo que significó tenerse la una a la otra. Un poema diminuto, cariñoso, delicado, perfecto:

Yo no sé de la infancia
más que un miedo luminoso
y una mano que me arrastra
a mi otra orilla.
Mi infancia y su perfume
a pájaro acariciado.[18]

En verdad, las líneas rígidas de la familia de sangre tradicional se difuminan si tratamos de dibujar la familia literaria escogida de Alejandra Pizarnik.

Hermanos tuvo muchos a lo largo de su vida: Octavio Paz y Julio Cortázar fueron dos de los más importantes. El primero se convirtió en el mayor defensor de su obra, un hombre al que imitar y al que pedir ayuda en los momentos más complejos de su trayectoria literaria. El segundo fue, sobre todo, una figura de protección, de cariño y de amistad. Especialmente conocida es su relación epistolar. Se suele decir que no hay intercambio más potente y literario entre dos escritores. Las malas lenguas llegaron incluso a decir que aquellas cartas eran la muestra de un amor oculto, pero nunca hubo pruebas. Julio Cortázar y la que en los sesenta era su esposa, Aurora Bernárdez, eran íntimos de Alejandra, la invitaron a su casa de París en innumerables ocasiones y le presentaron a toda la intelectualidad del momento en la capital de Francia. Julio Cortázar le escribía desde un sentido del humor y una socarronería brillantes. Ya en los setenta, un año antes de su muerte, intentó atarla así a la vida con una crítica a su obra entera: «El poder poético es tuyo, lo sabés, lo sabemos todos los que te leemos; y ya no vivimos los tiempos en que ese poder era el antagonista frente a la vida, y esta el verdugo del poeta».

Pero es que además de esos tíos mágicos, Pizarnik también contó con numerosos primos y primas con los que intercambiaba cartas, poemas o aficiones con ella, como Rosa Chacel, Ivonne Bordelois, Oliverio Girondo, Ana Becciu y un largo etcétera. Y hermanas. Sobre todo, hermanas.

¿Cuántas tuvo? ¿Cuáles fueron sus nombres? Tan importante como Olga Orozco, aunque quizá menos conocida como escritora, fue Elizabeth Azcona Cranwell: traductora, escritora, confesora.

Pero a pesar del vínculo que las unía, a veces Alejandra se sentía atacada por sus amigas. Era un gesto casi paranoico. En realidad, las líneas difusas de la familia elegida no ahorraron a Pizarnik los mareos, la incomprensión, las tristezas. Pero al menos en este caso la literatura siempre fue para ella un salvavidas. La literatura era un motivo de amistad y de familiaridad mucho más grande que la propia vida. Reír, sí, eso estaba bien. Pero escribirse poemas, comunicarse y amarse a través del verso... eso eran palabras mayores para la poeta.

Sentada en el sofá de casa mientras fuera llueve, cierro la biografía de Alejandra y me planteo cuál es mi salvavidas, cuál es mi familia de tinta. O de tableta gráfica. Me planteo si a mí también me sostiene el dibujo. No sé contestarme; como siempre, me faltan las respuestas y me sobran las preguntas.

Por suerte está ella, y el mero hecho de escribir su nombre me hace sentir acompañada.

Si un día me encontráis muerta, la contraseña del Mac es «sogaalcuello» y el archivo se llama «Maldita Alejandra».

1 de marzo

Las personas con agorafobia tenemos un apego obsesivo al interior.

Hoy he estado mucho rato en la ducha y al cerrar el grifo vi que se había salido toda el agua. Esto me ocurre siempre, y aunque haya una cortina de ducha, una toalla en el suelo y una fregona luchando por evitarlo, una y otra vez se escapa el agua por alguna parte.

Creo que los sitios que habitamos tienen personalidad y defectos: mi piso es un sitio hermoso, pequeño y tranquilo, pero se desborda; quiere ser barco y necesita un lago. Sentí cariño mientras recogía el agua. Quizá vea en ello un reflejo de mis fugas: en vez de agua, achico el miedo y rezo por que no se filtre a los huesos.

Apego por los interiores. Mañana voy por primera vez a una psiquiatra. Quisiera saber qué va a pensar de mí. Por ahora hay temporal, pero el barco todavía flota.

2 de marzo

Bien entrada la madrugada, no puedo dormir. Sobreviene el pánico de siempre. Me levanto y trato de trabajar, de dibujar para evadirme. Tengo fechas de entrega y facturas pendientes y un miedo que me paraliza todos los músculos solo de pensar en que debo ir a un sitio nuevo, pagar a la psiquiatra disponiendo yo de tan poco dinero. No sé si va a servir de algo.

Mi cabeza va por libre y se inventa un pase privado mezcla de *El resplandor* y *Alguien voló sobre el nido del cuco*: lobotomías, cuartos acolchados, pasillos oscuros, locura, camisas de fuerza. ¿Aún aplican electroshocks? Pienso en Sylvia Plath.

Estaba claro que esto se me iba a atragantar.

Crisálida

2 de marzo. Día de mi primera cita con la psiquiatra

A. me acompaña todo el camino, y le pregunto varias veces si recuerda si he cerrado o no la puerta de mi piso. Confirma cada una de ellas. Yo, mientras, me siento como si fuera directamente por el corredor de la muerte. Me van a licuar el cerebro.

Ya he ido a varias psicólogas que me ayudaron hasta donde pudieron, porque iba dejando las terapias cuando creía que el problema había quedado resuelto, y quizá, me temo, simplemente estaba barriendo toda la tristeza bajo la alfombra.

Voy con una bola de pinchos en la garganta. En el móvil tengo varios mensajes de amigas que saben que he decidido pedir ayuda de nuevo y que me animan. Si no fuera por ellas, hace tiempo que habría buscado en YouTube algún tutorial de ahorcamiento, porque no tendría ni idea de cómo hacerlo; pienso en Ian Curtis y la cuerda del tendedero. En internet hay de todo; lo malo de los canales de «suicidio para dummies» es que no pueden pedirle fidelidad a sus suscriptores.

A. me aprieta la mano y salgo de la oscuridad un instante. Eso me pasa a menudo: a veces solo con que alguna de mis amigas me coja del brazo o venga a verme ya hay algo que cambia por dentro. Pienso

en Alejandra y sus amigos.

Llegamos por fin y me quedo sola en un edificio de oficinas enorme y oscuro. Quiero irme, pero tengo miedo de perderme por el camino y que nadie me encuentre nunca más.

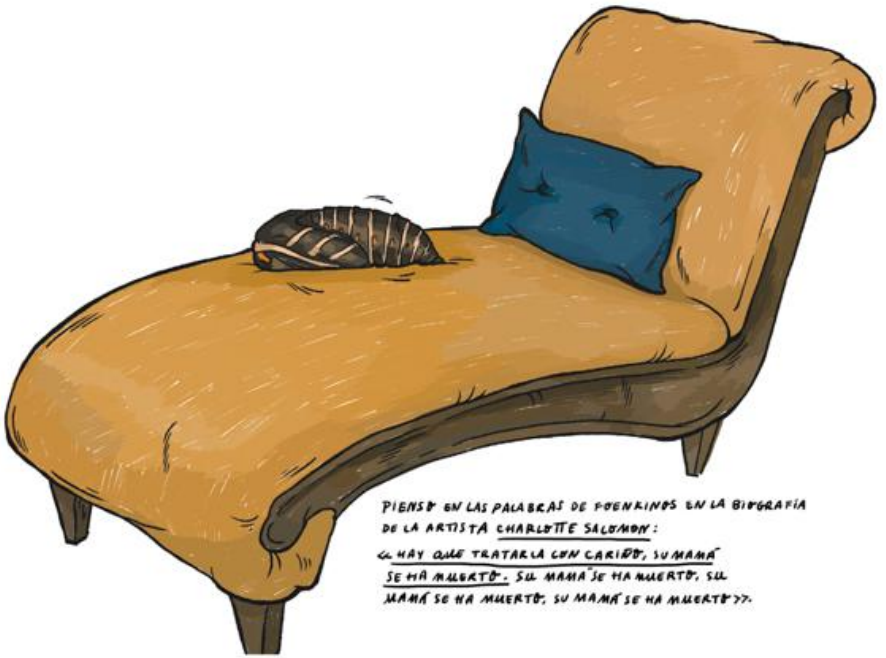
El corazón se me va a salir por los oídos. Encuentro una sala de espera sobria donde hay un sofá de cuero negro. No hay ventanas. Me siento.

La psiquiatra viene pronto a buscarme y entro con ella en otra sala donde hay un diván, infinidad de diplomas en la pared y una estantería repleta de libros cuyos títulos no consigo leer porque tengo los ojos nublados. Me tranquiliza un ramo de flores frescas en un jarrón limpísimo con agua.

Viste sobria pero elegante, se peina elegante y me pregunta muy elegantemente cómo estoy. Y esa es la clave de mis compuertas: en cuanto me preguntan cómo estoy, rompo a llorar aunque no quiera. Automático. Así que lo primero que ella oye de mi voz es que soy una inválida y que no sirvo para esta vida. Me despacho contra mí misma. Ya no puedo hacer nada, solo veo obstáculos desde que me despierto. No quiero despertar más si con eso se acaba el miedo.

Ella escucha en silencio y me mira fijamente a los ojos. Tengo pánico. Parece que nada de lo que le digo la escandaliza. Me dice con voz suave que el mero hecho de estar allí es una buena señal. Que

valore mi propio esfuerzo. Y continúa apuntando todo en un cuaderno. Escribe rápido mientras pregunta:



¿Qué tal con tu familia? ¿Qué me dices de tus padres?

Ah, sí, bueno, genial. Todo bien, vaya.

Mis propias palabras me arañan la garganta y los recuerdos.

La psiquiatra para de escribir.

Bueno —quise rectificar—, mi madre está muerta.

Le explico que con mi padre ahora me llevo bien. Que mi abuela materna se suicidó y su hermana también. Que mi único salvavidas es mi hermana pequeña, mis amigas y unas pastillas amarillas que tomo sin control y me adormecen. Así paso los días.

La psiquiatra y yo hablamos durante hora y cuarto. Hablamos de una relación amorosa que después de muchos años había terminado en mi propia mudanza a otra realidad, en la que también me sentía absolutamente perdida. Que no soy yo desde hace mucho, que no puedo trabajar. Hablamos de cómo se arrastra el miedo hasta convertirse en fobia. Hablamos de ansiedad, de fármacos, de conexiones neuronales, de aprendizaje, de depresión, de alimentación, de libros, de la infancia, de saber respirar, de cómo iba a ser mi

terapia con ella.

Me comprendió todo de una manera tan natural que tuve la sensación de haber vomitado vísceras y piedras.

Cuando salí de allí, A. me estaba esperando en la puerta.

Caminamos en silencio por el parque, ya de noche. Tuve que sentarme en un banco a respirar, me sentía exhausta.

Buscar las cremalleras para desnudar el alma, pelearse con los candados, con las corazas fundidas con la piel: las confidencias agotan.

Me pregunto si Alejandra tendría un confidente y me viene a la memoria León Ostrov, otra especie de padre-hermano-profesor y el hombre más influyente de su juventud, aparte de Juan Jacobo Bajarlía.

Ostrov psicoanalizó a la poeta cuando ella tenía solo dieciocho años, y desde entonces se convirtió en uno de sus amigos más íntimos, con quien se carteó a lo largo de su vida.

Su pasión común por la poesía y la filosofía les permitió mantener un vínculo, a pesar de que la terapia no durase más de un año. Al dejarla, Alejandra escribió en su *Diario*:

> He abandonado el análisis. Curioso ahora encontrarme, saludarme, decirme cómo estás tú, Alejandra, mirarme sonriendo, tal vez un poco orgullosa de mí, como si yo fuese mi hija —¿y por qué no he de ser mi hija si mi infancia y mi adultez están escindidas?—. Pero qué culpa, qué miedo, qué inhibición, qué terror, hay en tus ojos, hija mía. Soy libre. Quiero serlo, que es lo mismo.[19]

Ostrov es la llave de tal sensación de empoderamiento. Siendo tan desconfiada, tan celosa a veces, tan dada a la riña, con él pudo mostrarse tal como era, sin miedo alguno, sin trampa, calmada.

Él la describe así en un texto contenido en la recopilación de su correspondencia:

> Hace veinticinco años —fue a mediados del 57— una mujer me llamó por teléfono para pedirme una entrevista. Mi primera impresión, cuando la vi, fue la de estar frente a una adolescente entre angélica y estrafalaria. Me impresionaron sus grandes ojos, transparentes y aterrados, y su voz, grave y lenta, en la que temblaban todos los miedos. El diálogo que entonces iniciamos, y que duró poco más de un año, continuó después, ya instalada en París, en cartas que no hacían más que corroborar lo que desde los primeros momentos supe: que con Alejandra Pizarnik, romántica y surrealista, pero por encima de todo, ella, Alejandra, inclasificable y única, algo importante se incorporaba a nuestras letras.[20]

Quizá, tratándose de amistades todopoderosas como esta, el significado de *confidencia* sea menos importante que el de *confianza*.

3 de marzo

Ambas miramos las cajitas de pastillas que tengo que empezar a tomar. Alejandra las llama «remedios». Escitalopram 10 mg, una al día, y Trankimazin 0,25 mg cuando me haga falta. Las palabras de la psiquiatra fueron: Vas a empezar muy poco a poco y con muy poca medicación, e iremos subiendo hasta que te haga el efecto adecuado.

Además de la medicación, tengo que poner de mi parte y empezar a salir sola de mi casa, despacio, sin forzarme a nada.

Quizá sí que soy una niña y me están enseñando a caminar.

Sin palabras, le pregunto a Alejandra si era eso lo que ella buscaba: aprender a andar sin caerse por un mundo escorado. En los años sesenta, por cierto, Pizarnik ya llevaba una década tonteando con las pastillas. De niña, para que perdiera peso, su madre le revestía el interior del estómago con unas anfetaminas adelgazantes, incluso si ella luego se hinchaba a comer. Cristina Piña explica en su biografía que en los años siguientes ya no dejó de tomar pastillas, en este caso con motivo literario. Ella pensaba que estar despierta le permitiría leer, trabajar y ser mejor escritora. Se cuenta que algunos de sus amigos le llegaron a poner el mote de La Farmacia, pues siempre llevaba un cargamento de diferentes píldoras encima. Otros críticos dicen que lo que mató a Alejandra Pizarnik fue su ideal de belleza: la adicción a aquella falsa felicidad que le daban sus pastillas.

5 de marzo

Me paseo por la habitación con la pastilla y un montón de agua en la boca que se vuelve templada y amarga. Soy la ballena que devoró a Geppetto y a Pinocho, y los tengo ahí, agonizando en el oleaje de mis fauces antes de tragármelos.

La psiquiatra no me juzgó por mi dependencia a las pastillas amarillas, pero sí me explicó por qué no debía tomar sedantes cada vez que el miedo aparecía. He estado sedada durante años: sedada de sentimientos, sedada de mí misma, sedada de mis órganos y de todos mis monstruos. Otra forma de huida.

Aparecen nuevos miedos: miedo a que la medicación me deje zombi, que no me permita trabajar, que bloquee mi creatividad... Como si mi yo actual me pusiera todo fácil; como si no anduviera ya zombi, según el día, o trabajar fuese un juego de niños. Otro rasgo de la ansiedad: en cuanto puede grita que más vale malo conocido y te hace creer que eres tú quien lo grita. Los miedos salen de mi cabeza atados unos a otros como los pañuelos de la boca del mago, en una larga tira del color de las pastillas.

Miedo a que me cambie la personalidad. Llamo a mi hermana para preguntarle si me nota cambiada. La llamo todos los días para que me escuche y me confirme que sigo siendo yo.

Aparece el miedo a la imitación. ¿Querré imitar a mi abuela? ¿Querré en algún momento tomarme todos los ansiolíticos juntos y morir? Me río de mí misma; no hay de qué preocuparse: me cuesta tragar uno solo, como para tragarme el frasco.

Tengo en un cajón guardado el tíquet de la lavandería adonde llevaron a lavar la manta sobre la que murió mi abuela, sobre la que se suicidó. «Mancha amarilla permanente». Nota para los optimistas redomados: eso de «nada es permanente salvo la muerte» convendría revisarlo.

Tengo miedo de que no funcione la medicación. Los monstruos esperan.

Trankimazin
0,50 mg
comprimidos
Alprazolam
NORMON
Citalopram NORMON 10 mg
comprimidos recubiertos con película EFG
56 comprimidos recubiertos con

6 de marzo

Uno de los efectos secundarios del antidepresivo es la bajada de libido. Tampoco es que la depresión o la ansiedad fuesen afrodisiacos. Mi tristeza es ambigua frente al deseo. A veces se puede aliviar haciendo circulitos con los dedos índice y corazón. Otras veces es imposible. Ahora va a ser más imposible todavía. Al menos de momento. No me importa, en realidad; habrá que buscar el placer de otra manera.

Distintos placeres:

— comer noodles con mucha verdura y soja

— descorchar un vino blanco semidulce y llevar dos copas a la mesa

— pasar horas en librerías de segunda mano

— las flores amarillas de camino a casa

— los bodegones de Morandi

— leer los diarios de Alejandra: leer sobre el dolor y la tristeza mientras ella sostiene un cigarrillo, sin fumarlo, porque le gusta mirar el humo largo rato

— soñar que vuelo y me meto en casas ajenas y acordarme luego al despertar

— el helado de soja y vainilla derritiéndose encima del brownie

— cuando durante un beso la saliva ya no sabe a nada y la temperatura es la misma en las dos bocas; los besos suaves

— el *Rain Dogs* de Tom Waits

— dibujar personajes tristes

— leer los cómics de Adrian Tomine…

Alejandra se acerca a mi lista y subraya la palabra LEER.

Pizarnik leía retándose. La lectura era un acto feliz, pero también un deber que partía de dentro: se ponía a prueba, se fustigaba; leer para provocarse, y como consecuencia, «escribo para no angustiarme tanto».[21]

La edición de los diarios completos de Alejandra Pizarnik comienza con una enigmática entrada del 23 de septiembre de 1954 sobre la relación entre los intelectuales y el sexo. Para entonces, ella tenía dieciocho años y ya se consideraba autora, pero era a través de la bibliografía extrema como buscaba entenderse a sí misma y, en parte, consagrarse ante los demás.

Siendo tan joven, ¿cómo iba a mostrar al mundo su erudición, su inteligencia, su autoridad literaria? No le quedaba otra: lo haría leyendo y presumiendo de cuanto leía.

En las páginas siguientes, los primeros escritores que aparecen mencionados son Marcel Proust, César Vallejo y Vicente Huidobro. No se puede decir que fueran los autores más importantes en su formación literaria, pero sus nombres sí se repiten a lo largo de las páginas de la escritura íntima que practicó hasta el final de sus días.

Que el placer ya no estaba en el mundo, sino en la literatura es algo que Alejandra Pizarnik demostró con creces a lo largo de su biografía, pero que también subrayó y copió en su diario a partir de las ideas de Marcel Proust. Ella ya había leído mucha literatura francesa y se había interesado por el estudio de ese endemoniado pero hermoso idioma cuando pudo acceder a la obra del autor de *En busca del tiempo perdido*.

Hasta casi el final de sus días, Pizarnik describió sus monólogos interiores como escenas «pseudoproustianas». A tal punto llegaba su identificación con la nostalgia que en numerosas ocasiones llegó a escribir como si, en vez de su diario, lo que redactaba fuese una carta dirigida al mismísimo Proust: «¿Qué hacemos con "nuestra" teoría del amor?», le preguntó una vez. Pocas líneas después sentenciaba: «Tengo todo lo necesario para sufrir, pero me consuelo escribiendo poemas».[22]

Oigo un carraspeo y me vuelvo hacia Alejandra. Le pregunto qué pasa

y me hace un gesto hacia el Mac y mis cuadernos. La obra crea al autor. Yo obedezco: me remango y asiento.

9 de marzo

Trabajo lo que me permite el cerebro. Todo el mundo es comprensivo conmigo: editoras, directores de arte, galeristas, clientes.

He llorado mucho esta mañana enviando e-mails del tipo «Ya mismo vuelvo a estar bien, he pasado una época extraña». Todos comprenden y lloro.

Leo a Alejandra, que escribe sobre el dolor y el hecho de no poder trabajar porque para hacerlo hay que existir, y una cosa es cierta: se puede escribir desde el dolor, se puede escribir y dibujar sobre la soledad y el miedo a volverse loca, pero no se puede hacer mientras se padece.

Nota: llamé a la psiquiatra y me dijo que la medicación empieza a hacer efecto unas dos semanas después de la primera toma. Que el antidepresivo se acumula en el cuerpo y que necesito tener paciencia. Su voz dulce y calmada funciona. Tacho los días en el calendario y espero.

Mientras, mi compañera fantasma sale de casa sin nada y llega con bolsas de libros. Le pregunto si los ha pagado y ríe. Se le cae el cigarrillo de la boca y grita: *Merde!*

Aquí dentro se lee, y se escribe, a todas horas. Aprendo de ella, aprendo a leer a otros, a los suyos. Convivir con la escritora maldita es emborracharse de libros y de palabras, es comer con el plato en las rodillas porque en la mesa es imposible, es hacer café para soñar más rápido (esto no es mío, es de la película *Coffee & Cigarettes* de Jarmusch), y así despertar y seguir leyendo.

Cuando tienes agorafobia, leer es importante porque vivir se convierte en algo extrañamente cerrado y falto de posibilidades y qué bien se está en la vida de otros, aunque también sufran.

10 de marzo

Necesidad de ternura. He soñado que unos cuerpos se licuaban y fusionaban y pude controlarlos a los dos porque tener sueños lúcidos es como un videojuego al que me encanta jugar. Al final, el sueño se transforma en una especie de excusa pornográfica basada en recuerdos que me obliga a anhelar desde que despierto.

X. y yo hablamos desde hace días por Instagram; qué fácil es escribir y borrar.

X. y yo escuchamos las mismas canciones.

En realidad, lo siento cerca.

Me sigue costando encontrar razones para salir. Tengo que trabajar, me digo. ¿Y el tiempo para la ternura? Ansias.

¿Y si nunca más ocurre? Qué es el amor y qué es el deseo y qué es eso de que dura para siempre y qué es eso de que la pasión son tres meses o dos años y qué pasa con las demás personas y querer a todos a la vez y qué pasa si al día siguiente no se quiere a nadie. Ni a uno mismo; sobre todo a uno mismo. Y qué pasa si quiero estar sola y quiero cuerpos y personas y cuidar y estar sola también. ¿Eso no es

amor?

12 de marzo

Me noto más calmada, pero puede ser la propia sugestión.

Cuando era pequeña me llevaron al médico porque montar en tren me provocaba ansiedad. La médico que tenía entonces me recetó unas pastillas para colocar debajo de la lengua que «quitaban el miedo y el mareo». Cuando fuimos a comprarlas, le pregunté a mi madre qué significaba la palabra *homeopatía*.

Por la tarde, Trankimazin para ir a comprar dónuts y descafeinado. Se recomienda no inflarte de cafeína si todo te da taquicardia. Entra sol por la ventana y mi sombra de crisálida se proyecta en el parquet. Termino un dibujo por el que me van a pagar, eso me pone contenta. Me doy cuenta y subo la guardia: para alguien con ansiedad, la alegría llega a ser un indicio de que hay algo que se le escapa. Devoro los dónuts. El alquiler de este piso es como una molesta piedrecita en el zapato. Respiro hondo.

Alejandra, escucha esto, le digo. Bajo la aguja del tocadiscos y suena

el *Horses* de Patti Smith. Hace dos años y una eternidad escribí y dibujé sobre ella. ¿Sabes?, tenéis muchas pasiones en común, Alejandra, pero hay una que tiene nombre y apellido.

Le cuento a mi amiga-fantasma que Patti Smith se enamoró del chico que escribió *Una temporada en el infierno*. Y cuando Patti se enamora, lo hace perdidamente y hasta el final, sin red ni medias tintas: le dedicó poemas, canciones, masturbaciones e historias de amor. Patti aún sigue enamorada de Rimbaud, y sé que para Alejandra también es pasional su relación con el poeta-niño.

Eternamente niños fueron ambos, pues, y de ese modo ella se asoció a Arthur Rimbaud, no ya como lectora amorosa de sus versos, sino también como imitadora de su causa: escribir mucho de joven, y luego desaparecer.

Como él, escribe Alejandra, quiso comer piedras. Como él, escribe Alejandra, quiere deslumbrar con su precoz inteligencia. Como él, escribe Alejandra, dudar de la poesía y dedicarse a la vida, aunque eso sea imposible. Soñaba con él. Lo traducía. Quiso escribir ensayos sobre su prosa poética. Lo admiraba tanto... Más de una veintena de veces lo cita en sus diarios: «Por lo menos es algo. Es mucho más real que mi vida. A veces creo comprender por qué Rimbaud abandonó la poesía. Pero yo no soy Rimbaud. Y el quehacer poético no tiene que justificar mi mala fe (o mi enfermedad)».[23]

Y fue así, dándose cuenta de que ella no era el escritor admirado, como decidió ser la escritora admirada por sí misma. Por eso fue leyendo, y no tanto escribiendo, cuando de una vez por todas nació el personaje alejandrino.

¿Y qué significa exactamente Alejandra? De la misma manera que para Rimbaud «yo es otro», para Alejandra, el yo solo puede ser su desdoblamiento, su insistencia, su delicado ego.

alejandra
debajo estoy yo
alejandra alejandra[24]

15 de marzo

Por hacer:

— Limpiar y ordenar todo el piso.

—Leer *La melancolía en tiempos de incertidumbre*, de Joke J. Hermsen.

— Leer los poemas de Alejandra.

— Dibujar todos los días, no se nos vaya a olvidar.

— Actualizar redes sociales, si es que eso es posible.

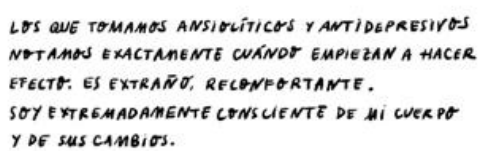
— Comer bien y salir a andar aunque sea cinco minutos al día.

Nota para mí: no tengas miedo; presente, tienes que estar en el presente, lo que imaginas no ha ocurrido y no tiene por qué ocurrir. Respira, respira. ¡Estás viva!
Nota II: cuidado con el positivismo.

Ceno con amigas. Les cuento que ese mismo día he ido sola a hacer algunos recados, que llevaba la boca llena de espuma de Trankimazin, pero que he podido hacerlo. Brindamos por ello. Hablamos de la psiquiatra, de la medicación; me exponen sus dudas: cómo me siento con las pastillas, te ha subido la dosis o continúas con la misma, cómo vas a seguir pagando la terapia con lo que cuesta.

Hay preguntas que ni yo sé responder.

Me aseguran que no me ven extraña, solo más fuerte, más calmada. Brindamos de nuevo. Mañana se cumplen las dos semanas desde que empecé con la medicación.



17 de marzo

A veces una sueña con muertos y tiene la sensación de haber compartido tiempo con ellos. Me paso el día buscando fantasmas. Alejandra es la única invocada que se presenta, y en realidad ella no cuenta porque lleva meses deambulando por aquí.

Encendí una vela y le escribí una carta a mi madre, otra más. Absurdos rituales que inventamos los vivos para enfrentarnos al vacío.

Llamé a mi hermana: ella había soñado algo parecido. También enciende una vela.

Por la tarde dormí muchísimo. Se necesita reposar la pena aunque pasen los años, cuidado con creer que esto sanará. Por la noche me noté exhausta y apática, enfadada. No comí, no cené. Imposible trabajar. Quise despertar, o no, al día siguiente.

25 de marzo

Desde hace unos días llueve sin parar y es imposible no ser una melancólica de libro, pero no me siento mal.

Días que he podido salir y a qué:
18 de marzo: salí a por fruta y un ramito de flores. Por la noche me tomé un vino con O.

19 de marzo: tuve mucha ansiedad todo el día. Entregué unos dibujos. No me pagarán hasta dentro de tres meses. Me gustaría saber por qué nos siguen castigando de esta manera a los ilustradores.

20 de marzo: odio con todas mis fuerzas entrar en un centro comercial. Disolví y me tragué varios ansiolíticos, cogí las bolsas de la compra, una lista con todo apuntado, y sentí peligro de muerte desde que entré por la puerta hasta que salí. La cola de la caja se me hizo eterna y pensé que iba a desmayarme. Recordé que un familiar lejano murió en un centro comercial y empaticé con él.

21 de marzo: salí a las 18.00 a mirar pijamas bonitos con A. Acabamos oliendo todos los mikados de una tienda de decoración. Los olores suaves y florales me hacen sentirme bien. Sin ansiedad ese día.

22 de marzo: como llovía, quedo con algunas amigas en un bar. Al principio me encontraba mal: vértigo y miedo a un ataque de pánico. Luego me calmé más deprisa que de costumbre, al ritmo de Jacco Gardner, Beach House y The Drums.

23 de marzo: salgo a enviar unos paquetes. También detesto ir a enviar paquetes. En general, todo lo que implique hacer cola me provoca ganas de vomitar y desaparecer. Salí sin problema y me di cuenta de que no había tenido taquicardia. Extraño suceso paranormal.

Ayer, sin embargo, no salí. No tenía ganas. Llovía a mares. Alejandra y yo hablamos de autoestima, bebimos café y dibujamos florecitas en nuestras respectivas libretas.

beach house
depression cherry
PORTAMENTO
HYPNOPHOBIA

26 de marzo

Me pregunto si la crisálida forma parte de mí o yo de ella. Si es algo que me caracteriza: el estado permanente de protección hacia el interior. O qué diablos soy. Crisálida, bicho hacia dentro, algo que está mutando, o soy una ilustradora frustrada y ya, o qué me distingue como individuo: quizá sea la única persona de este bloque de pisos que pase todas las horas de su día dibujando, leyendo y hablando con una escritora fantasma.

Pienso que podría haber algo de originalidad en lo que hago o digo, o escribo o dibujo. Un atisbo de personalidad en esta época de la que no va a perdurar nada, del comentario irreflexivo, del póster de Matisse impreso en serie para decorar las habitaciones. Pienso en quiénes creemos que son nuestros referentes. Si los hemos elegido nosotros o si vienen ya impuestos en el carrito de la compra.

La escritora argentina está en mi salón metiendo los dedos entre los libros, eligiendo siempre con cautela mientras inhala el humo y quema el tiempo que para ella dejó de pasar y a mí se me pasa observando su espectro. A veces es sanador, un momento de lentitud y calma. Asomarse a Alejandra Pizarnik es como pasear por un cementerio: imposible ignorar la tentación y el morbo de conocer al personaje, leer lo que decían del muerto, las fechas separadas por un guion.

La vida es la longitud del guion que separa dos años aleatorios.

Alejandra entró en la escena literaria argentina con la publicación de su primer libro, *La tierra más ajena*, dinamitando los ojos de críticos, lectores y poetas, como un torbellino. Las lectoras y los lectores jóvenes de poesía querían conocerla. Muchos alardeaban de ser sus amigos. Pocos lo eran. Los escritores consagrados la acogían en su seno y le abrían nuevas puertas. Les resultaba inquieta, deslumbrante. Su nombre despertaba envidias en los circuitos literarios y surgía en todas las conversaciones, la invitaban a participar en antologías, sus traducciones aparecían en revistas, y su pasión periodística, así como su curiosidad, la llevaba a codearse con figuras relevantes de la cultura, aunque a sus dieciocho o diecinueve años fuera tímida.

En la biografía que le dedicó, César Aira la reivindica prácticamente como un icono pop, una suerte de *influencer* de la época. Pero lo cierto es que el éxito de Pizarnik iba mucho más allá de su juventud, y residía en esa escritura que enseguida se empezó a distanciar de la de sus contemporáneos, tan pronto como alcanzó una voz única, protagonizó temas propios e hizo enloquecer a la crítica.

La llamaron «la última surrealista», y eso, desde sus inicios, grabó su nombre en la historia. ¡La última surrealista! ¿O quizá la primera alejandrina?

27 de marzo

Llevo toda la mañana pensando en J. y en la vida que dejé entre aquellas paredes en las que ya no se proyecta la sombra de mi cuerpo semidesnudo. Insecto que aún no lo es y que no hace por serlo. Solo

cabe esperar. Una crisálida que se traga un antidepresivo todas las mañanas, ahora de 15 mg, y siento vértigo al pensar que el fármaco flota en mi sangre. Esto ya forma parte de mí.

¿Debería contarlo? ¿Debería escribir en este diario lo que escribo, que he tenido que corregir ciertos comportamientos aprendidos? Como un animal atado de por vida, mi cerebro aprendió a estar alerta, hipervigilante, ansioso por todo lo que ocurre a su alrededor, y eso cansa muchísimo. No atéis a vuestros animales.

Leí que los diarios íntimos sirven para drenar obsesiones. Entonces formará parte de mí lo que me obsesiona.

Le doy vueltas a lo que podría ser mi propio ego entre la vorágine que se va ordenando como los muebles y los libros en esta casa, como el horario de las comidas que intento regular para que mi estómago responda puntual. Hambre y saciarse. Hambre y saciarse, seis veces al día. Voy aprendiendo de las rutinas.

Mi psiquiatra me dijo por teléfono que buscarme a mí misma es un ejercicio sano, después de haber construido mi identidad junto a otra persona que antes era incondicional. Ahora yo debo ser mi incondicional y tendré que aprender a aceptarlo y a no echar de menos el otro cuerpo. El cuerpo de J. El cuerpo que encajaba en mis formas. Supongo que esto es lo que veo de mí ahora: el cuerpo también escindido, el vacío en la silueta.

ALGO EMPIEZA A MOVERSE
EN LA CRISÁLIDA: SOY YO.

CAFÉ MONTMARTRE
Y
ENTONCES...
PARÍS

29 de marzo

Buscarme a mí misma... ¿Te buscaste tú, Alejandra?

Alejandra Pizarnik se diferenció de todo y de todos muy pronto, aunque probablemente fuese su estancia en París lo que la ayudó a terminar de construir su característico halo.

Ella, que cuatro años antes de emprender su migración a la capital de Francia escribió en sus diarios:

> ¡No quiero viajar! Me imagino en París y no me gusta. Veo «cerrado». Pero menos me gusta estar acá...[25]

En realidad, siempre estaba soñando, y para ella París era una ciudad soñada desde la infancia, quizá regada por los relatos de sus padres sobre su estancia allí, antes de abandonar Europa.

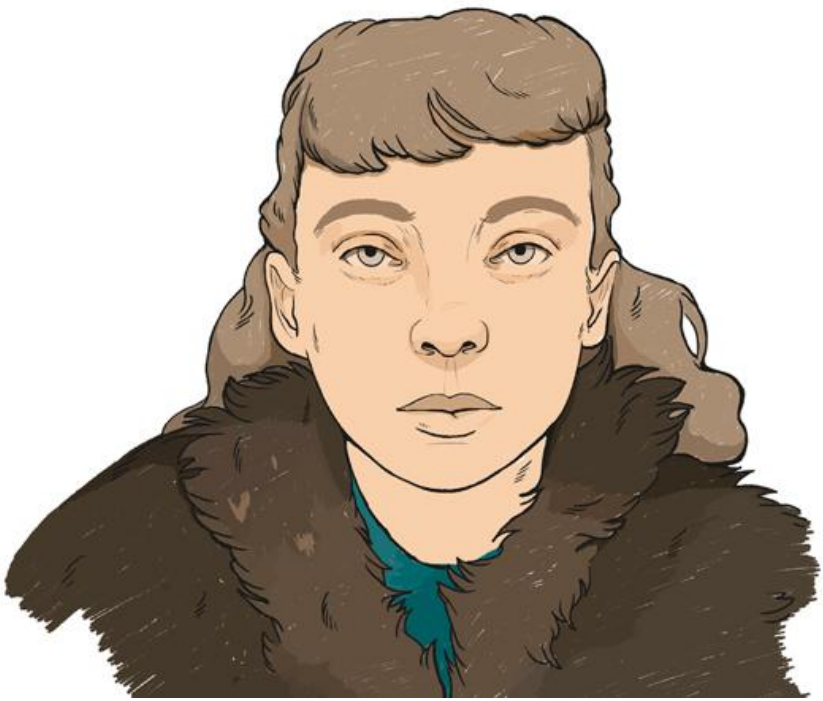
«¡Ah! ¡París!», escribía tras una disertación sobre tal o cual autor gabacho. «¡Jamás iré a París!», refunfuñaba cuando se daba cuenta de que era complejo vivir de la literatura, o de que haciendo pequeñas traducciones o críticas literarias no podría ni alquilarse una ratonera.

«Si yo tuviera una mesa cómoda trabajaría más», llegó a decir una vez, como presa de las reivindicaciones de Virginia Woolf. ¿Quién necesita un cuarto propio? ¡Lo que ella quería era un buen escritorio en el que escribir para poder pagarse un billete a la ciudad de sus sueños!

Quizá Alejandra Pizarnik traducía del francés no ya para aprender

el idioma, sino para sentirse más cerca de la ciudad a la que aspiraba ir. Aquella en la que quería vivir y morir. Pues ¿quién no desearía que sus restos reposaran en alguno de esos fascinantes cementerios? No en vano su admirado César Vallejo falleció allí. No en vano su admirada Marguerite Duras escribía desde algún piso luminoso de sus calles, envuelta en humo de cigarrillo, llevando la vida que Pizarnik habría querido para sí. No en vano todos los artistas bonaerenses a los que emulaba se habían marchado.

En *El coloquio de las perras*, Luna Miguel analiza de qué manera los aspirantes a escritor de la generación de Alejandra Pizarnik ansiaban hacer ese recorrido, esa salida, esa huida. Entre quienes procedían del Cono Sur, el primero de los destinos solía ser México, y luego había quien prefería Estados Unidos, pero lo cierto es que nada tenía comparación con la experiencia de conquistar París.



Ser un escritor latinoamericano significaba pisar esa tierra prometida de las letras. Muchas escritoras icónicas de los bordes más marginales del boom se quedaron a medio camino. Otras alcanzaron el sueño: Marvel Moreno, Victoria Ocampo, Elena Garro... Teniendo en cuenta que muchas de ellas contaban con las condiciones materiales, las becas o los trabajos adecuados para poder convertirse en parisinas.

¿Qué onda con Alejandra Pizarnik? ¿Cómo conseguir en su caso una casa y un trabajo? ¿Qué debe hacer una hija de migrantes de Europa del Este para obtener el visado que le permita trabajar precariamente en la capital cultural de ese continente? ¿A quién pedir ayuda? ¿Cómo enraizarse en sus buhardillas?

París. Precariedad. Poesía. Pizarnik. Cuatro palabras que comparten inicial y que a veces, en su estómago, se convertían en sinónimos. Y así, por fin, Alejandra partió hacia Francia en 1960, ya con aires de promesa literaria.

Cuando levanto la cabeza, me está mirando. Sin palabras, me pregunta dónde estaría yo si las cadenas de la ansiedad no me atenazaran.

Otro acto de libertad: viajar. La agorafobia te ata con fuerza el cuerpo al miedo. Me imagino muerta en algún aeropuerto sin nadie que fuese a recogerme: una eternidad entre maletas olvidadas en la sección de objetos perdidos. Me lo callo y en su lugar le respondo que quizá podría viajar a París, como ella. Resuenan en mi cabeza las películas de Godard. Y Patti Smith sentada en el Café de Flore y el cementerio del Père Lachaise y la tumba de Jim Morrison.

Me pongo de pie y me estiro, trato de arrinconar el miedo y ocupar otra vez más espacio: Alicia que sale del País de las Maravillas. Como Gata de Cheshire, la sonrisa de Alejandra flota en el otro extremo del salón en su rostro invisible.

30 de marzo

¿Sabes, Alejandra?, al verte pienso que algunas personas, para demostrar su halo, brillan. Pero tú siempre fuiste distinta. Tu boca no emite ni una sola luz; en todo caso, emite un compendio purísimo de sombras.

Y un cigarrillo.

O ese abrigo despeluchado.

Un libro bajo el brazo.

Lápiz roto, mordisqueado por los bordes.

Una tijera para cortarte tú misma el pelo.

Trasquilón.

Camisa desabotonada.

Quizá un perfume barato.

Unos botines rotos, justo como los que llevabas de niña.

Otro libro.

La cartera.

Otra libreta.

La cajetilla.

Otro libro más.

Imaginar la desazón de un mito es gratis.

1 de abril

Primavera en la calle, y la pesadumbre del invierno triste y cálido entre las sábanas. Decido cambiarlas. Ropa de cama nueva, pulvericé perfume de flores por la habitación, abrí las ventanas.

Los pijamas para el frío sin cuerpos en los que cobijarse se guardan en el cajón de abajo. Me vi primaveral yo también en el espejo: me pinté los labios, subí la camiseta y la anudé sobre las costillas. Treinta y dos años en un cuerpo de mujer que se conmueve y se comprueba con la luz del sol y el olor a flores y a frutas, con un diario, las pastillas, las llamadas de mis amigas, las veces que puedo salir sin echar el corazón por la boca.

Pienso: Y si...

Y si existieran otras bocas.

Y si alguna de esas bocas viniera a hablarme de su universo.

Y si volviese a tocar una piel que no fuera la mía. ¿Dolerá? ¿Hasta qué punto me he podido reconstruir? ¿Hay cemento entre las piezas o me desmoronaré?

Te busco, Alejandra, para ver qué piensas. ¿Un fantasma añora el sexo? Durante esta larga mañana busco. Y encuentro, en *Árbol de*

Diana, publicado durante su estancia en París, y prologado por Octavio Paz, una de las cinco únicas menciones a la palabra *sexo* de su *Poesía completa*. La sexualidad más descarnada —o mejor, la más obvia— está ausente de su obra, pero no así el deseo.

Alejandra Pizarnik no es una poeta sexual, sí deseante. No hay tensión entre Eros y Tánatos, sino que Tánatos se pasea libremente por sus metáforas, dejando respirar de cuando en cuando a la palabra *amor*.

¿Qué lugar ocupaba el sexo? ¿Cómo se cruzaba su propia intimidad tumultuosa en sus escritos? ¿A quién amó en verdad? ¿Con quién se acostó la poeta? Parecen preguntas peligrosas. ¿Qué debería importarnos a sus lectoras eso de con quién intimaba?

La suya parece una sexualidad desabrigada. Podría incluso decirse que hay más calor en su poesía que en su diario, que ella encontraba más erótica la escritura que la vida. Tal vez el sexo sea solo una excusa para la lírica. Como muestra, poemas sin título como este, escrito entre 1955 y 1960 y que se publicó póstumamente:

Una luz, una lámpara,
la lejanía de la noche.
La lejanía de la lejanía
nace de mí, nace con música.

Vivir libre.

En los confines
las arenas,
la soledad,
la divina quietud del sexo.

Libertad de ser solo ceniza.

Muero en la música de los sexos.[26]

2 de abril

Me da miedo dibujar siempre lo mismo: retratos de Alejandra que terminan por ahí tirados. Pienso en el estilo, en la contradicción constante. ¿Se valora el dibujo o al dibujante?

Todo por hacer, todo por retomar.

Hoy hace un mes de mi primera visita a la psiquiatra y creo que por fin la depresión va perdiendo fuerza, o al menos siento que puedo respirar de otra manera. Llevo cuatro semanas con las pastillas y noto que ya me muevo de un modo diferente dentro de la crisálida, que empieza a estorbarme.

Espero que no se me pase.

Miedo a recaer en la melancolía, miedo a la locura. Decía Sartre que el vértigo no era el miedo a caer en el abismo, sino a lanzarse a él de cabeza.

Miro a la escritora y ella me devuelve la mirada. Levanta una ceja, que qué quiero, pregunta. Dejá de mirarme, ordena. Ella planeará su muerte, y lo intentará varias veces. Y no estaba loca.

«¿Por qué nos gustan las escritoras que parecen escribir con la soga al cuello, haberse corrido el rímel con sus lágrimas e ir por el séptimo

whisky para ganar fuerzas y elegir la viga más adecuada para ahorcarse?».[27] La narradora argentina María Moreno no deja de citar y aludir a Alejandra Pizarnik en sus páginas. Ella dice que el diario es el género de los suicidas, e inscribe el nombre de la poeta suicida en un mapa de nombres de escritoras a las que asocia a la erótica de la locura.

Para Moreno, el nombre de Pizarnik es familiar al de, por ejemplo, Unica Zürn, o Delmira Agustini, o Colette. Tres autoras que abordaron la sensualidad en sus textos y para las que la pulsión mortal no podía separarse de la pulsión sexual.

Quizá porque escribieron así, libremente, sobre su ímpetu, las llamaron locas. O tal vez es que la etiqueta «locura» era un espacio en el que salvarse, en el que poder amar sin que nadie sobrepasara el límite del insulto.

Cuanto más leemos a otras escritoras que abordaron lo erótico, más nos damos cuenta de que la intimidad de Alejandra Pizarnik nos resultará siempre misteriosa. Serán sus lectoras las que deberán imaginar quién fue y cómo amó, más allá de sus correspondencias cariñosas. A menudo se da por hecho que su poemas de amor están dirigidos a otras mujeres, aun si en sus correspondencia encontramos admiración y libido hacia el sexo opuesto.

Imposible no emocionarse ante uno de los poemas en prosa de *Extracción de la piedra de la locura* —otra vez las locas lúcidas, precisamente— tal vez su libro más célebre, publicado en 1968:

> *Retrocedía mi roja violencia elemental. El sexo a flor de corazón, la vía del éxtasis entre las piernas. Mi violencia de vientos rojos y de vientos negros. Las verdaderas fiestas tienen lugar en el cuerpo y en los sueños.*[28]

O quizá es que Alejandra Pizarnik tenía la capacidad de amar más una cosa que a una persona. Más una ciudad que un órgano sexual. Más un verso que un corazón. Buscando en Google algo tan sencillo como «Pizarnik sexo», los resultados siempre entregan cosas similares. Hay un consenso en los artículos y en los blogs a propósito del «miedo» de la argentina hacia la palabra *homosexual*.

3 de abril

X. ha decidido venir a verme.

Para quedar con X. tuve que apuntar en la agenda un TRANQUILA, RESPIRA, NO PASA NADA muy grande y subrayarlo en amarillo. Las palabras ocupan todo el día de hoy. Necesito no hiperventilar constantemente.

Un vestido, Alejandra. ¿Qué me pongo?

Alejandra, mira mis manos: este o este.

Pssss..., responde. No le interesa.

X. espera en el parque, y yo me maquillo y cuento en miligramos los ansiolíticos: los que tomo ya en casa y los que voy a llevar en el bolso. Suficientes para calmarme, insuficientes para morir. Y los calcetines a juego y los zapatos bien atados.

Reprimo las náuseas al salir, cierro con llave. Compruebo cuatro o cinco veces que la puerta está cerrada, la empujo, tiro del pomo, vuelvo a empujarla y compruebo que está cerrada. Está muy cerrada. Echo las llaves al bolso. En el ascensor me pregunto si he cerrado la puerta.

X. y yo nos conocemos poco. Lo suficiente para saber que nos gustamos, andamos contando cualquier cosa y todo nos hace reír. Llega a ser patético. Nos atraemos. O es el cuerpo el que atrae al animal. Hace una eternidad que no me interesan otras personas, o no me permití que me interesaran, y ahora soy un mar de dudas. Pero no me he sentido ansiosa, y eso me ha gustado.

Y me gustó su mano cogiendo el tenedor en el restaurante, y la lengua humedeciendo el borde de un papel de fumar. El olor de su jersey fino, las conversaciones que pasan de una a otra como las horas, como las calles y nosotros de vuelta.

Te acompaño.

Sí.

¿Quieres subir?

Sí. Y qué extraño esto.

4 de abril

A las 9.00 de la mañana leo un e-mail en el que me ofrecen un trabajo maravilloso y dibujar algo que me encanta. El presupuesto que proponen está muy bien.
Tres segundos después pregunto por qué me escribirán a mí, si lo que hago es una auténtica mierda.

Una vez colaboré con la marca X y mis dibujos se imprimieron en camisas, gorros, sudaderas y bolsos de toda Europa y de algunos países latinoamericanos, desde donde me llegaban elogios de chicas que compraron aquellas prendas. No recuerdo haberme deprimido más en toda mi vida. Perdí varios kilos entre temblores y noches de insomnio. El estómago se me pegó a la columna vertebral y estuvo así meses. J. no entendía nada y se desesperaba, y yo no sabía explicárselo con palabras.

Llegué a pensar en la muerte.

En realidad, no tuvo que pasar mucho tiempo para que se olvidara. Lo que se publica o lanza un día es simplemente humo al siguiente. Pero tuve que reflexionar mucho sobre el huracán que me había arrasado de tal manera: por qué no podía alegrarme de aquel logro,

por qué era incapaz de disfrutar de cualquier elogio. Por qué había odiado hasta la última fotografía con mis diseños en aquella ropa. Por qué todo eso me hacía llorar y tener niveles de ansiedad descontrolados.

No es un tema nuevo este. Sé que además lo comparto con otras mujeres creadoras, artistas, ilustradoras, músicas (todo en femenino, sí, porque el síndrome del impostor y esa sensación de fracaso, de «no llegar», es mayoritariamente cosa nuestra).

Es algo que me acompaña, como un platito del que como cada día y que me he ganado tras muchos años de cultivar una pésima autoestima y una autoexigencia ilimitada y cruel, de compararme a diario en las redes sociales con los logros de los demás, de perderme a mí misma intentando sobrevivir en este trabajo precario sin poder dedicar tiempo a profundizar en la profesión. El miedo terrible a no tener identidad.

Me siento desconectada de lo que hago y, aunque va por etapas, me desquicia publicar o conseguir algo. ¿O serán quienes lo publican los desquiciados?

¿Y cómo salir de ese bucle? Ni idea. Supongo que será cuestión de seguir trabajando y dejar de arrancar hebras de la crisálida, cosa que me hace daño porque no dejo que este cuerpo se transforme. Con lo necesario que es que lo haga.

Espero reconciliarme con mi trabajo, mi bonito trabajo, y me ordeno, ordeno mi mesa, ordeno los libros, ordeno las horas que voy a trabajar.

Nota para mí: DIBUJA.

5 de abril

Escribo de noche porque hoy he podido salir de nuevo.

No he tenido ansias de volver, ni he sentido el temblor.

Hoy ha sido día de terapia. Mi psiquiatra y yo hemos hablado sobre por qué estoy recordando justo ahora escenas muy dolorosas que habían desaparecido para mí.

Dice que estoy liberando recuerdos porque invierto menos tiempo y espacio en el miedo y mi cerebro ya se siente preparado para enfrentarse a ciertos detalles de cosas que sucedieron.

La muerte, la pérdida, la enfermedad, el desamor, el desapego, perder a alguien querido, al fin y al cabo. El cerebro tiene su propio mecanismo de defensa.

Retomamos la conversación sobre vivir sola y el hecho de sentirme más libre, de que las náuseas por salir a la calle menguan, me importa menos qué pensará de mí la gente, pienso menos en la muerte. Voy

tolerando los días y las tareas domésticas. Le cuento que estoy teniendo relaciones afectivas y sexuales de nuevo, y cómo me siento y cómo me comunico. Cómo me veo a través de esas relaciones, cómo va el amor propio, esa cosa.

Mi psiquiatra apunta que vamos a trabajar la autoestima (la exigencia hacia una misma en la medida justa), que las redes sociales, que el miedo, que el cuerpo y lo natural, que el ego, que lo que proyectamos. Arreglarme todo esto me va a costar un riñón. Pienso en si carecía de control sobre todo esto antes de mi ruptura con J. o si se desajustó a partir de ella.

Al salir de la consulta me fui paseando (¡paseando!, ¡yo!, ¡por la ciudad!, ¡sola!, ¡yo!) y paré delante de unas casas que había cerca del río y donde vive gente que gana mucho dinero al mes: bonitas, con enredaderas alrededor de las ventanas de madera y luces cálidas en su interior. Qué será de las vidas que se gestan allí dentro. Me pregunté por sus miedos.

Por la noche llamé a A. y quedamos para tomar algo. El bar de siempre. Disfruté escuchándola hablar, barajamos la posibilidad de viajar juntas pronto. Por primera vez me visualizo a través de una ventanilla de algún medio de transporte: ¿un tren?, ¿un avión? La esperanza se refleja en mi copa como una nube blanca que sobrevuela un estanque del color del vino.

Al llegar a casa he cambiado la contraseña del Mac.

De «sogaalcuello» a «Escitalopram15».

6 de abril

Despertar más o menos bueno. Desayuno. Ejercicio o algo que se le parecía, ducha, lectura.

Leo sobre la vida de Margarita Gil Roësset. Leo que era brillante como escultora, poetisa e ilustradora. Leo que a los veinticuatro años, en 1932, se pegó un tiro en la cabeza. Pienso en el suicidio de Margarita como acto de libertad ante una vida con imposiciones sociales, obsesiones, su amor frustrado por Juan Ramón Jiménez, las exigencias de una familia que se avergüenza cuando mueres...

Voy a salir a comprar cigarrillos para Alejandra como rutina para tratar la agorafobia. Podría ir ella, podría robarlos, porque los fantasmas pueden hacerse invisibles. Pero es mi tarea salir, andar y no tambalearme porque no tengo a nadie al lado. Es mi ejercicio de soledad.

Por el camino pienso en mi abuela, en su propio acto de liberación. Si se tiene la certeza de no querer más esta vida, ¿para qué seguir? Deberían darnos a todos un kit de muerte para hacerlo rápido y sin dolor en caso de estar seguros de ello. Un jarabe que esté rico, una hoja de papel y un bolígrafo por si quieres dejar algunas palabras para la posteridad. Si existiera un remedio así, ¿quedarían muchas personas vivas en este planeta?

Compro los cigarrillos, me atrevo a desviarme y comprar el pan y varios pastelillos. Mi psiquiatra dice que permitirse algún capricho es también amor propio.

7 de abril

Escribí una nota para mí misma, para una crisálida pesada como un fruto ya maduro y blando que no termina de caer de la rama: DIVIÉRTETE.

Abrí los ojos porque entraba mucha luz en la habitación y fui ordenando los sonidos y los objetos al verlos. El techo blanco, las cortinas blancas, las camisas que alguna vez desabrocharon para besarme.

Escribí para mí: DIVIÉRTETE. ¿Quién, yo?, ¿cómo? INVÉNTATELO.

«La poesía es lo que está del otro lado». Lo oí anoche en la radio, no recuerdo a quién, y me dio que pensar. Que el dibujo también puede ser lo que está allí. Y ese lado de la orilla es lo que me interesa ahora porque tener miedo a salir por esa puerta me va a ayudar a abrir otras, aunque sean imaginarias. La susodicha realidad llena de ruido me sigue dando miedo y está vacía por ahora, y lo mío es más bien deambular entre fantasmas: como en la vida, me muevo mejor en la interlínea, en la blancura de los márgenes, pero ahora intento no limitar la voz al pie de página.

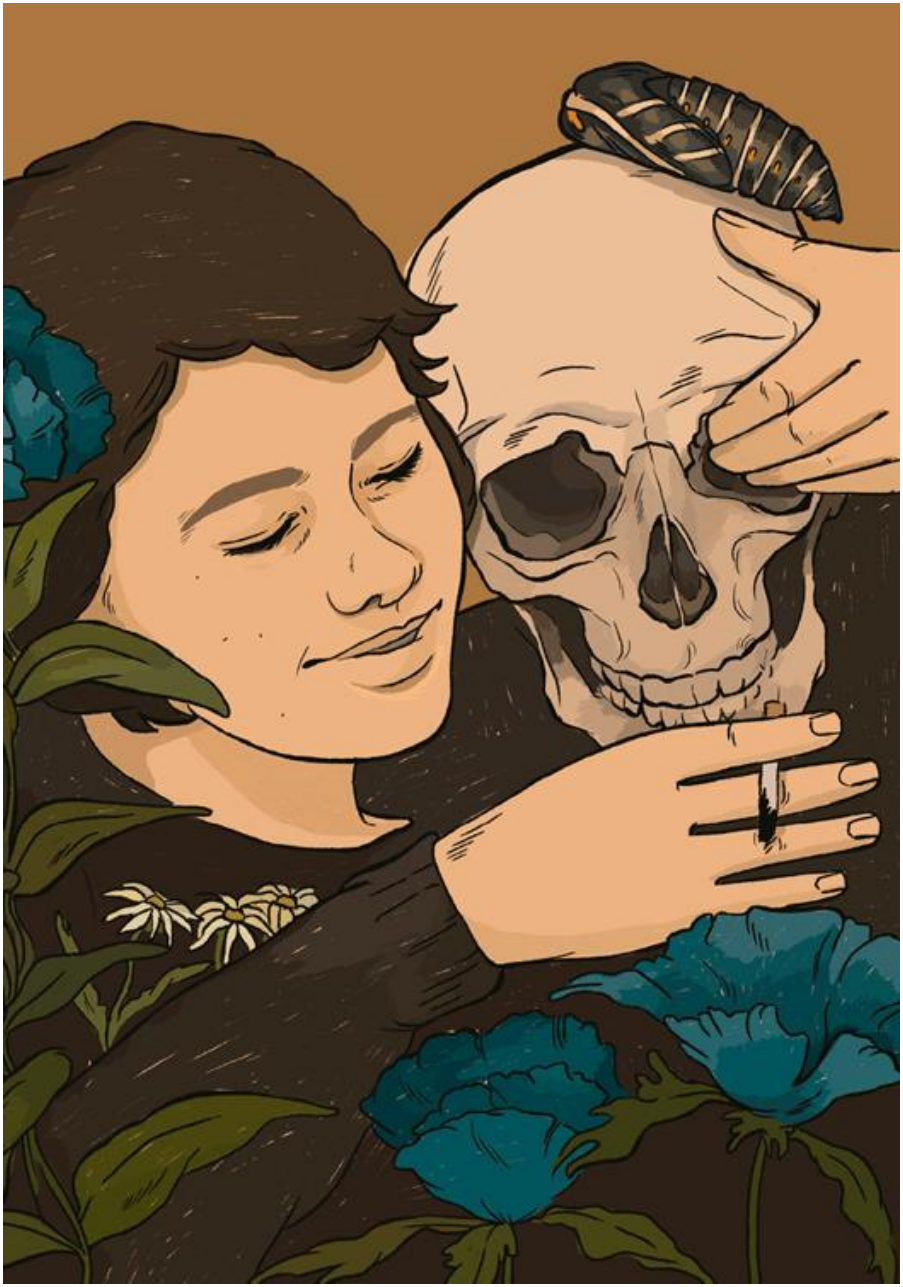
Desayuno escuchando alguna lista de slow jazz. Riego las plantas, luego viene tragarse la pastilla 1 y la pastilla 2.

Me estoy acostumbrando a dar pequeños paseos sola en esta ciudad que en realidad no es la mía. (No sé qué significa que una ciudad sea de cada uno: si es donde naces, donde mueres, si es donde has vivido

más y mejor, o si es un pedazo de tierra en medio del espacio y en realidad nada de eso importa.) Pienso que aquí estoy de prestado, quizá. Y qué caro es estar de prestado, qué caro este segundo piso con ascensor que aún no puedo pagar por mí misma.

Alejandra, esto te sonará: a mí me ayuda a sobrevivir el dinero que quedó tras la muerte de mi madre. Me ayuda también un padre que se preocupa y lucha para que su hija cumpla con sus ambiciones y sus objetivos vitales.

En realidad es que no sé hacer otra cosa. Dibujar a veces me parece una bohemiada tremenda.



8 de abril

Leyendo su correspondencia, descubro en la posdata de una carta que Alejandra envió ya desde París a su colega Ana María Barrenechea este dato revelador: «Me fui del foyer familiar. Habito un hotel maravilloso en St. Germain. Es horriblemente caro, razón por la cual estaré solo un mes. Lo que vendrá yo no lo sé».[29]

Alejandra, incluso si tu ambición era la de dejarse fluir, la de sobrevivir haciendo malabares, tú ya sabías que era complicado vivir en una ciudad que mata a todo aquel que sea pobre.

Ella asiente, y yo cojo su biografía.

Si en un primer momento pudo desembarcar en la capital francesa fue porque disponía de ayuda familiar. Las raíces de los Pizarnik se extendían más allá de lo que ella sospechaba. Empujada primero por sus colegas más cercanos y luego gracias a la acogida de sus tíos paternos, que vivían en Francia desde los años treinta, subió al barco con el que tantas pesadillas había tenido —pensaba, día tras día, que algo malo iba a ocurrirle, que ese barco jamás llegaría a zarpar— y tras cruzar el charco llegó a Le Havre, donde la esperaba su tío Simón.

El hogar familiar estaba en Châtenay-Malabry, a pocos kilómetros al sur del centro de París, un lugar residencial, aburridísimo a su juicio.

Una especie de pesadilla para quien se sabía ya tan cerca de la nocturnidad y de la bohemia que se había prometido. La decepción es comprensible: una mujer de veinticuatro años, que lo ha dado todo para poder acceder a una existencia literaria en París, cuya vida en la maravillosa Buenos Aires era ya adulta, festiva y deliciosa..., se topa de pronto con una familia de migrantes pequeñoburgueses: Simón, Dvoria y sus hijos Alain, Monique y Florence, quienes no estaban demasiado entusiasmados con la presencia de esa joven que fumaba, bebía, leía, odiaba la vida familiar, «tenía una sexualidad dudosa» y «dejaba las sábanas manchadas de maquillaje».[30]

Qué declaración, esta última, tan interesante.

Levanto la cabeza.

Viendo tus fotos, nunca habría dicho que usases carmín ni rímel, le digo.

Alejandra se encoge de hombros y alza la barbilla.

9 de abril

Sigo buceando en el océano que es la vida de Alejandra, en sus luces, en sus sombras...

A los pocos meses de instalarse en París, otro tío suyo, Armand —casado con una profesora de letras a la que le gustaba la música—, le consiguió a su sobrina un trabajo como secretaria. Además, la citó para una entrevista con quien era un gran referente para ella: Simone de Beauvoir. Alejandra Pizarnik le narra así el encuentro a su buen amigo desde la adolescencia, el poeta Antonio Requeni: «Conocí a Simone de Beauvoir. Nos encontramos en Les Deux Magots y hablamos varias horas. Es muy encantadora y accesible. Terminé hablándole de mi piecita y de mi exaltada adolescencia. Tal vez la vea de nuevo».[31]

Curiosamente, aunque la anécdota narrada en la carta pareciera feliz, la entrada del diario del 13 de julio de 1960 nos muestra un reverso bien distinto de la entrevista con la autora de *El segundo sexo*:

> Ayer me encontré con Simone de Beauvoir. Pero el encuentro no importa tanto como lo que lo precedió: mi miedo. Varias horas de taquicardia, varias horas de pulso enloquecido. Ahora comprendo los terrores de Olga cuando venía lo que ella llamaba la muerte, es esto: una revolución en el corazón. [...] No sé, pero hago muy mal en no suicidarme. No es justo hacerme sufrir tanto. Acaso no amo el sueño, acaso la muerte no debe ser eso: un reposo, un no sentir más el miedo. Pero me surge la duda: y si uno recuerda en la muerte, y si uno aún tiene imágenes y memoria. Entonces la condenación es eterna.[32]

Alejandra Pizarnik tenía tanto miedo a la irrelevancia que el mero hecho de cometer un acto relevante —conocer a esa gran autora, pasar la tarde con ella y tener una entrevista interesantísima por delante— le generaba más dolor aún. Quererlo todo, ansiarlo todo, desearlo todo..., hasta el punto de odiarse a sí misma cuando lo consigue. Otra vez en sus terribles y pesimistas palabras:

> Y me pregunto cómo haré el artículo sobre S. de B. si está tan enlazado al peor día que viví en mi vida. Cómo Dios mío lo haré. Y es indudable que lo haré. O no tan indudable.[33]

Lo hizo, sí. Escribió muchísimo. Escribió sobre ella, y sobre tantas otras voces literarias y artísticas que iba conociendo en la ciudad, la capital de todos aquellos hombres del luego llamado boom latinoamericano: escritores ya icónicos de su propia geografía. Escribió en sus cuadernos y en sus cartas, presumía de ser una jovencísima mujer de Buenos Aires adentrándose en la literatura europea a través de la infalible técnica de la conversación.

La pregunta «¿Qué hago aquí?», sin embargo, le aturdía con creciente fuerza.

Tras abandonar el hogar de Simón, empezó a rondar por aquí y por allá: hoteles, habitaciones, apartamentos, la terrible angustia de necesitar dinero incluso para respirar. En algunas de sus cartas a colegas argentinos les confiesa que cada vez que conoce a un artista joven, y en particular migrante, ya no puede hablar con él de literatura y de arte, sino más bien de dinero. La presión por encontrar un lugar donde dormir al día siguiente o por agenciarse unos cuantos francos a través de la escritura late en cada uno de sus días. Dicen que solo deambulaba.

De acuerdo con sus biógrafas Cristina Piña y Patricia Venti, Alejandra no estaba preparada para el mundo real. O al menos para un mundo tan real como el que París le ofrecía. Escribir era lo único a lo que aferrarse.

10 de abril

Alejandra relee lo que escribí ayer y subraya las últimas frases. Yo asiento en silencio mientras aferro una taza de café entre las manos. Tampoco estoy preparada para el mundo ese de ahí fuera, pero deseo estarlo. Hace un par de semanas que no actualizo las redes y por lo tanto mi trabajo y yo hemos caído en el olvido; me siento libre a pesar de ese amargo y aburrido asunto del dinero y el futuro.

¡Juguemos, maldita sea! ¡Alejandraaaa!

Un grito de guerra. Mi crisálida de rayas rueda por el salón, consigo mutar, me vuelvo blanda y dibujable.

El fantasma de la escritora sonríe y el cigarrillo le cuelga de un lado de la boca; es fácil comprobar que en realidad sigue siendo una niña. Alejandra, juguemos, salgamos, inventemos. Tú serás mi palabra y yo el dibujo, a este lado y al otro, en las dos orillas de la realidad, tú allí y yo aquí y las dos en un salón que florece, ¡mira!

Escoge frases de tu prosa, Alejandra, que yo voy a transformarme en ellas.

Alejandra sonríe pícara. No lo va a poner fácil.

TUS PALABRAS ME PARECEN TAN VIVAS
QUE ME HAN HECHO COMO MIRARME

ME PARECE A CIERTOS ANIMALES
QUE SOLO VIVEN DE NOCHE.

11 de abril

A. vino a verme esta mañana. Trajo zumo de frutas y tostadas para las dos y nos sentamos bajo la cortina de la ventana de la cocina. Los vecinos desayunan en las terrazas y suena algún disco de jazz, cosa que se agradece.

Actualizamos información: A. tuvo que dormir bajo los efectos del Trankimazin, me habla de sus propios miedos, entre ellos dejar un trabajo que no le hace feliz y solo le aporta el dinero efímero de final de mes. Nos cogemos de la mano, decide dejar el trabajo y le damos un sorbito al zumo para tragar bien la realidad. No tenemos hijos ni casa ni hipotecas ni un ancla que nos lastre en esta casilla del tablero.

Chinchín por las decisiones que se toman un día cualquiera por la mañana.

Y tú ¿qué tal?, ¿cómo llevas el libro?

Ella sabe que preguntando sobre mi libro se expone a una respuesta larga. Se acomoda en la silla y le cuento que ahora sigo los pasos de Alejandra por París. Que, por ejemplo, frecuentó a un amplísimo listado de nombres que se entremezclan. De amantes varones: poetas a los que vio morir y a quienes dedica sus versos más tristes. De amantes mujeres: incluso si no lo reconoce, hay en su pasión por ellas una marca que va dejando, que va asomando en su literatura.

El antes y el después que aquella ciudad supuso para su escritura, para su lectura y para su intimidad se puede apreciar más allá de sus diarios, y sobre todo en sus cartas con Bajarlía, Rubén Augusto Aguirre, Elizabeth Cranwell, Sylvia Molloy, Silvina Ocampo, Antonio Porchia, Julio Cortázar, Adolfo Bioy Casares o Cristina Campo.

Si la primera Alejandra era ágil, inquieta en cuanto a sus aspiraciones literarias, deseosa siempre de saber qué pensaban los demás de su literatura, la segunda Alejandra, la de París, era mucho más dicharachera, mucho más literaria, hablaba desde el orgullo de haber alcanzado un sueño, pero también desde el miedo a perderlo, o desde la fragilidad de su situación.

Cristina Piña y Patricia Venti hablan de una Alejandra Pizarnik divertida, aunque superada, que en la primera etapa parisina todavía conservaba un brillo pícaro, plasmado en sus cuentecillos y prosas. Aunque ella misma se autoflagela en sus diarios, asegurando que es incapaz de escribir ficción, poco a poco se aventura en la escritura de cuentos humorísticos, que son rayos de luz dentro de su honda poesía mortal y que pueden encontrarse en la edición de su *Prosa completa*. Vemos allí a una Pizarnik algo escatológica, amena, feliz a pesar de la dificultad manifiesta de su vida.

París. Pizarnik. Poesía. Precariedad. Otra vez la inicial compartida. Las cuatro marcas. Los cuatro caminos. Poesía, porque cuanto aprendió en la gran ciudad le cambió el ritmo.

Cuatro años pasaría en la ciudad de la luz, donde iba a conocer y tratar a, entre otros, Octavio Paz y al genial autor de *Rayuela*, con el que pronto establecería una pintoresca amistad.

Se encadenan las anécdotas delirantes en su alucinación vital con la literatura, como cuando salía de un café y vio que Georges Bataille le guiñaba el ojo; como cuando fue al médico y descubrió que ese doctor era el mismo que atendía a André Breton; como cuando Simone de Beauvoir le hizo la observación de que era una chica demasiado tímida; como cuando se decepcionó en el primer encuentro con Marguerite Duras, a quien persiguió en Saint-Tropez, porque le parecía una mujer demasiado feliz para la literatura atormentada de la que había dado cuenta...

Abruma pensar qué o quién deja su huella en nosotros. Dónde o en quién dejamos nosotros nuestras huellas. ¿Has vivido si una vez muerto tus pasos no quedan marcados sobre ninguna arena?

15 de abril

Beber mucho alcohol es tentar y arrastrarme hasta mi otra vida, esa que ya no existe.

Anotaciones estando borracha. Esto es sobre J.:

> El marido son aquellos infinitos otros años. El marido fue aprenderlo todo, y luego meter ese todo en cajas. Estas malditas cajas de cartón. El marido es la tristeza y el desorden de todo cuanto había construido y el dolor agudo en la sien. Y ahora tengo que reaprender yo misma. No queda otra. Solo soy sola, resuena dentro de mí. Y no pasa nada.
>
> En realidad, no estás sola, idiota: tu círculo afectivo, piensa en tus amigas, piensa en ti misma saliendo por fin a caminar sin compañía. Piensa en que te estás recuperando del miedo, querida, querida yo.

Me calmo, respiro y sereno mis ansias porque comprendo que esta sí

que soy yo y ahora escucho el crac de una crisálida que se rompe un poquito. Algo está por salir.

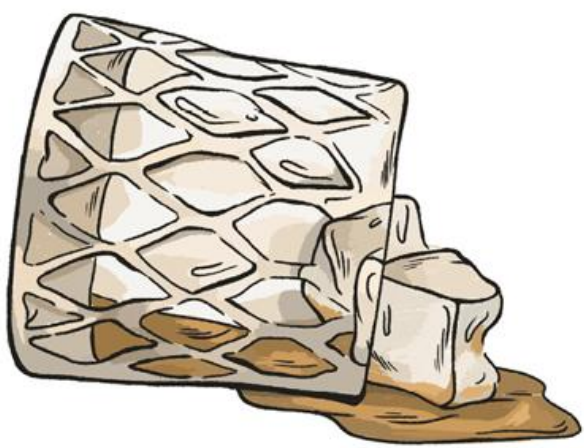
En realidad, todo lo estoy aprendiendo de la tristeza, de la tuya, Alejandra.

Señora Angustias, ¿qué fueron para ti las noches parisinas?

Poesía. Poesía. Precariedad. Poesía. En el poema «Fiesta», de *Los trabajos y las noches* —quizá su libro más parisino aunque lo publique ya fuera de París, en 1965—, Alejandra Pizarnik cacarea así sobre lo que aprendió en las noches tan ansiadas de esa ciudad:

He desplegado mi orfandad
sobre la mesa, como un mapa.
Dibujé el itinerario
hacia mi lugar al viento.
Los que llegan no me encuentran.
Los que espero no existen.

Y he bebido licores furiosos
para transmutar los rostros
en un ángel, en vasos vacíos.[34]



Más allá de París y de Saint-Tropez, Alejandra Pizarnik hizo un viaje

que pocas veces se comenta: estuvo en la España franquista por un breve periodo, tras los pasos de escritores y artistas a los que ella admiraba, pero de los que, en los años sesenta y bajo el mandato de Franco, en aquel Madrid no quedaba casi nada. Había más poesía española contemporánea y libre en los librillos que podía agenciarse en la calle Corrientes de Buenos Aires.

Aun así, el viaje al país de su admirado Federico García Lorca fue más importante de lo que sus notas inconexas sugieren: esos textos en prosa bajo el título de *Escrito en España*, donde el campo se nos entrega a la manera machadiana. Quizá el peso sea tan leve en la escritura porque allí descansó, porque disfrutó de verdad. Puede que ella escribiera entonces sobre cuánto dolía. Puede que la alegría no tuviera lugar para ella en la literatura. Cuentan sus biógrafas Cristina Piña y Patricia Venti que junto a Marie-Jeanne Noirot en agosto recorrió Biarritz, Santiago de Compostela, Santander, San Sebastián, León, El Escorial y Madrid en un coche rojo: «Alejandra era copiloto y miraba con asombro montañas, campos, animales. Miraba las caras, los montes, miraba y sabía que no quería, que no podía ser parecida a la gente de los pueblos, sus viejas vestidas de negro, campesinos, vendedores ambulantes. Por las noches bebía vino, se emborrachaba, volvía a ser la desdichada».[35] Poesía. Poesía. Pizarnik.

19 de abril

Sangro y siento que voy a perder la cabeza. Una piedra común entre nosotras: sangrar y sentir el desequilibrio. Los días que sangro, e incluso los días previos, aumenta el miedo y la dosis de ansiolíticos, la soledad que no he elegido pero que me mantiene a salvo. O eso creo.

25 de abril

Durante la noche trabajo en una entrega de dibujos. Trabajamos. Alejandra se come los cigarrillos y voy a comprarle un par de cajetillas. Me obligo a salir sola aunque más que una obligación es un deseo. El aire de la noche me refresca las ideas, hay gente por la calle, pero no me molesta.

En la cola del estanco me fijo en la infinidad de tipos y marcas de tabaco que hay. Mi madre fumaba una de ellas antes de morir. Sé cuál es porque dejó una cajetilla bajo el colchón de su cama con un último cigarro que se quedó para siempre sin fumar. Salgo con cariño de ese pensamiento porque en mi madre solo puedo pensar con amor.

Hago la compra y decido andar de vuelta a casa por otra calle diferente a la de siempre. ¿Esta soy yo? Noto que me vuelvo moteada a casa, el cariño desarma los miedos, y estas manchas quieren decirme algo. Es un cosquilleo, como el que siento al descubrir un pequeño jardín que cruzo para llegar a mi piso compartido con el fantasma de Alejandra. Recojo flores para ella y para mi madre.

Pizarnik. Pizarnik. Precariedad. Ella ya está cansada de jugar, literalmente, «al personaje alejandrino». A veces la descubro escribiendo en francés para tentar la suerte de otro idioma, pero en su ser más profundo sabe que tiene que volver a casa.

Ha escrito infinidad de poemas. Las cartas y las páginas de sus diarios producidas en París son las más pobladas, pero la luz también acentúa las sombras, y entre tanto destello se afianzaron la tristeza, el eterno miedo a la muerte y a la locura, la extrañeza de sí misma, congelada en un paso intermedio entre la niña y la adulta que jamás sería. A poco más de un mes para cumplir los veinticinco, escribe:

> Más miedo que antes. Antes me disculpaba mi cara de niña. Ahora, súbitamente, me tratan como a una grande. Lo descubría ayer. Dije chistes obscenos, como de costumbre, y dije varias cosas crueles, como de costumbre, pero nadie me sonrió con ternura, como pasaba antes, cuando asombraba por mi rostro de niña precoz y procaz.[36]

Miro por la ventana y pienso si yo he cruzado ya ese abismo que se abre a veces entre la infancia y la edad adulta. Y quién decide qué demonios es eso de «ser adulta».

En el caso de Alejandra, fue Octavio Paz quien la impulsó a avanzar al proponerle que dejara los trabajos secundarios y se volcara en su literatura. Ella le había planteado estudiar su obra —donde encontraba el último refugio de París—, y él le había animado a solicitar una beca potente —como la de la Fundación Guggenheim, de la que él mismo se había beneficiado años antes— y que se centrara en lo que mejor sabía hacer: «Tú eres poeta». Volver a Argentina es el único modo de hacer realidad la frase de Paz. Volver para afinar todos los poemarios a los que dio comienzo en su mortal aunque fascinante tránsito europeo.

¿Echaría de menos la libertad conseguida?, se preguntó en algún escrito. ¿Y qué le esperaba ahora en su ciudad natal?

En febrero de 1964, Alejandra Pizarnik pisa una Buenos Aires que se le antoja muy diferente a la que dejó. Esa sensación del que regresa a una Ítaca en la que todo es igual pero nada es lo mismo. Quienes antes eran sus amigos habían rehecho sus vidas. Quienes eran sus familiares habían avanzado sin su presencia. Ahora ella es más famosa que antes. Ahora está preparada para recibir las becas y las atenciones que demostrarán su valía. Ahora ha trascendido a su propio personaje, a su propia fe. Ahora puede codearse con poetas jóvenes que envidiarán sus contactos con las élites de la literatura europea. Y sin sentirse enteramente diferente, ni tan solo presumida, la poeta anota con desgana en su diario: «Sensación de deterioro. Mi yo, renovado en París, oxidándose aquí en unos pocos días». ¿Sería este el inicio de una vieja vida nueva?

ALEJANDRA
VUELVE LLENA DE SOMBRAS,
Y YO ME VOY DESPRENDIENDO
DE LA MÍA PROPIA.

Suave insecto con alas

29 de abril

Me desperté polilla. Qué leve mi cuerpo y cuánta cáscara pesada en el suelo. Está todo bañado en bilis negra, un líquido pegajoso y oscuro que tiñe cuanto toca. Las manchas de mis alas son el recuerdo moteado de ese líquido melancólico.

Mi padre llama a mediodía, cómo estás, qué tal el dinero, el trabajo, la salud. Mejor, mal, estoy terminando el libro, y mejor, respondo. Papá, que puedo volar un poco, que me siento más liviana, te lo prometo. Te prometo escribirlo y dibujarlo todo.

Él me pregunta si quiero volver a casa, a nuestra ciudad. Le respondo nuevamente que no, que no ansío volver de ninguna manera, que quizá este sea el momento de recoger las raíces y llevarlas conmigo a donde me quieran llevar los días, ahora que soy tan volátil.

Hice café, Alejandra, ¿quieres una tacita? Grito un poco porque la escritora está tumbada en la cama. Solo lee, solo guarda silencio, lleva días así y yo ya sé lo que le pasa. Vuelo hasta su jersey negro. Huele a millones de cigarrillos y a tristeza.

Despierta, Alejandra, hoy es tu cumpleaños.

Aunque no es en tu nacimiento en lo que piensas, ¿verdad?

1964. Quedan ocho años para tu muerte. Tú lo sospechas, pero no lo sabes a ciencia cierta. ¿Qué haces entonces, Alejandra? ¿Cómo encarar el resto de tu vida?

De vuelta en Buenos Aires, Alejandra Pizarnik regresa al hogar familiar: a los intentos de Rosa por casar a su hija pequeña, a rendir cuentas de sus idas y venidas, a los círculos intelectuales argentinos.

Desde París, sus abismos viajan con ella.

Deja de ser la niña ilusionada y se convierte en la mujer voraz. Ella es un árbol, pero sus raíces no tienen patria. Lo que ocurre con una planta arrancada de la tierra es que muere. Nos encontramos en Buenos Aires. Corre el verano de 1964. La angustia sigue apoderándose de sus ramas. Es como si esa época tan prolífica de lecturas y de traducciones ya no la alimentara. Ocho años por delante: ocho años de un tajo abierto en la vida, de un túnel, Alejandra Pizarnik cayendo por la madriguera hasta un fondo negro. Estoy sola pero soy libre, se dice; todo podría ser peor.

Los años que transcurren hasta la explosión definitiva de su enfermedad mental aparecen retratados en sus cuadernos como un puro estado de bibliofrenia. Ella siempre vivió la vida de manera literaria, pero se acentúa su obsesión con la lectura intensa y con la locura que eso le produce. En esta etapa, la vida solo puede reconstruirse a través de sus lecturas: Virginia Woolf, Francisco de Quevedo, Fiódor Dostoievski.

«Fragmentos. Leo fragmentos. Escribo fragmentos. Horrible desorden. Ahora ha aumentado notablemente mi imposibilidad de concentración».[37]

Alejandra ignora mis preguntas. La dejo en el sillón, fumando, y bajo a comprarnos una tarta de cumpleaños.

30 de abril

Pienso en la metamorfosis de las polillas. Las pieles de las que se desprenden como si vomitaran su propio cuerpo. También se pueden vomitar los miedos.

Imagino que mis miedos y mis fobias, las que identifico como mías, son muchas pieles que llevaré siempre conmigo y mudaré una y otra vez, y volveré a llevarlas en mi interior. Aunque ya me sienta capaz de roer los recuerdos de una forma suave y cariñosa.

Quizá sanar sea conocerse a una misma. O en parte sea eso.

2 de mayo

O. y C. vienen a verme y hablamos toda la tarde. Me preguntan por la terapia y por cómo voy con la medicación. Les explico que la medicación es solo una parte de mi proceso de recuperación.

Ya no dependo de nadie para salir, ¿sabéis? Hay piedras que se han disuelto aquí dentro, y aunque haya días que siga teniendo miedo, es distinto. Tomamos vino y les cuento que, dos meses después de nuestra primera cita, la psiquiatra está contenta con mi progreso.

No miento. Vivir sola no se ha convertido en una jaula en la que alimentar mis fobias, como me temía. Leer a Alejandra me está ayudando a entender la muerte, la soledad y el trabajo de otra manera, aunque ella no lo sepa.

Entender es también tener menos miedo.

Sin apenas darme cuenta, he llegado en mis lecturas a los últimos años de Alejandra Pizarnik, y me resulta curioso que tanto sus diarios como las biografías que se han escrito sobre ella dejen esta última etapa en una especie de punto muerto.

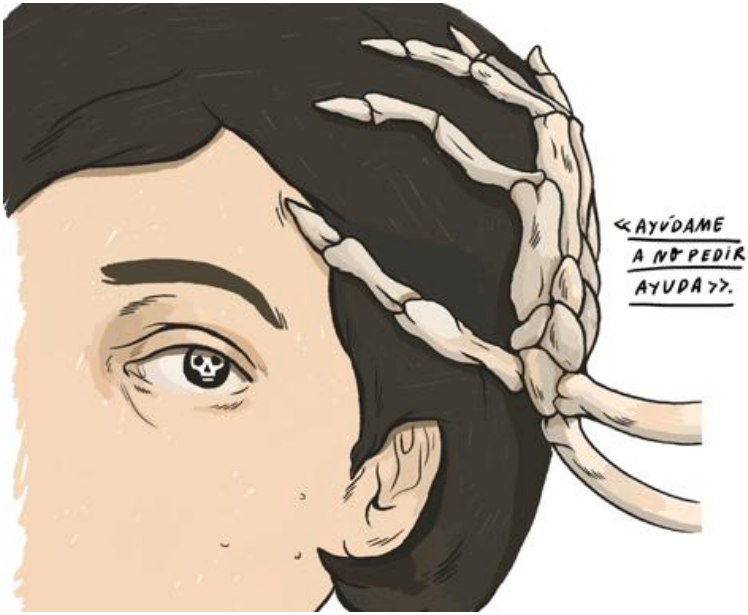
El parón de París le había hecho detener en el tiempo muchas de sus amistades. Las personas a las que había querido se mostraban ahora distintas. Estaban creciendo. Ella ya no era la jovencísima promesa de

la poesía argentina, sino que su presencia era un hecho. Retomó contactos.

En algunas entrevistas a colegas puede verse la ironía de su figura: por un lado, era la reina, una artista inalcanzable. Por otro, era incómoda. Quizá estuviera enloqueciendo. Su inteligencia era admirable, sí, pero también histriónica, excéntrica. Tirando otra vez de las leyendas urbanas y de las malas lenguas, se dice que Olga Orozco aseguró que Alejandra se fundió la famosa beca Guggenheim —que al fin llegó en 1968— en libretitas, papeles, plumas y bolígrafos. ¿Para escribir qué? Todo. Incluso las conversaciones más dolorosas consigo misma:

> Esto es cierto: estás loca o casi en un país que odias, sin amigos, sin fuerzas para escribir, para leer, en compañía de una madre que silenciosamente te culpa y sufre y tú sufres porque sufre. De modo que nada o casi nada puedes esperar de los demás, puesto que los odias.[38]

EXISTE UNA FOTOGRAFÍA EN LA QUE ALEJANDRA APARECE JUNTO A SU MADRE. LA ESCRITORA SE VE PEQUEÑITA, CASI COMO UNA NIÑA (SIENDO YA TAN ADULTÍSIMA) ANTE UNA MADRE SONRIENTE Y ORGULLOSA. ALEJANDRA PARECE PERDIDA ANTE ELLA. LA HABITACIÓN ESTÁ VACÍA Y ME PREGUNTO SI ES UN REFLEJO DEL VACÍO QUE IBA A DEJAR LA ESCRITORA MUY POCO TIEMPO DESPUÉS.



4 de mayo

Confiesa, Alejandra: ¿de verdad odiabas a los demás, o, por el hecho de necesitarlos, te odiabas?

> *Ayúdame a no pedir ayuda.*
> *Me quieren anochecer, me van a morir.*
> *Ayúdame a no pedir ayuda.*[39]

Quizá Alejandra Pizarnik se había dado cuenta de que con la familia elegida ocurría lo mismo que con la familia de sangre. No todos los árboles florecen al mismo tiempo. Las relaciones cambian. Las envidias. Las amistades mueren.

Murió también su padre, Elías, a los dos años de su regreso a Buenos Aires. Fue un infarto lo que le arrebató al joyero, una pérdida sorprendente y fulminante. Cuando muere un padre, la muerte te mira directamente a los ojos, abre una grieta en el mundo: Alejandra se deslizó en su interior y, desde entonces, no le apartó la mirada. Ella misma lo cuenta en sus *Diarios*: «La muerte de mi padre hizo mal a mi muerte».

5 de mayo

La rutina. Una soledad propia que habito con cariño, por fin. He comprado estanterías nuevas y macetas, suenan canciones de Adrianne Lenker durante el desayuno y trabajo para mí desde la mañana hasta la tarde, un horario que unas veces sí y otras no.

Quizá este mes pueda pagar el piso (mi padre se pondrá contento) en el que escribo este diario y siga adelante (se trata de eso, ¿no?). Eso dice mi psiquiatra, que poco a poco me deja más espacio para andar sola, para caerme y tropezar y sangrar en alguna de las caídas. Aprendo a curarme.

Estoy aprendiendo también a no depender de nadie. Y salgo y entro en casa con normalidad, aunque sigo revisando mucho no haberme dejado ninguna plancha ni la vitro encendida, ni las ventanas ni la puerta de casa mínimamente abierta.

Llevo conmigo un sentimiento de ansiedad al que dejo espacio para que se vaya cuando quiera. No me molesta.

Cada vez paso menos tiempo en casa, Alejandra lanza un oscuro y lento *Au revoir, mon amie!* Y yo atravieso jardines y calles, porque me esperan en cualquier bar.

Pero la soledad abruma a mi querida amiga. Se encierra en sus propios pensamientos, aunque yo le deje notas de cariño sobre sus libros, aunque esté con su fantasma al anochecer, y leamos juntas y bebamos té con miel. Le pregunto qué sucede ahora, Alejandra. Ella tose con fuerza, echa el humo, se bebe algún remedio para a saber qué dolor y me habla con su voz arrastrada y grave:

> S. O. [Silvina Ocampo] me dijo que yo inspiro a los demás que me abandonen y me frustren. Desesperación. Nada más cierto. La enemiga más poderosa que tengo es la traidora que soy yo. [...] Ahora bien: no puedo cambiar mi naturaleza. ¿O acaso temo cambiarla?[40]

Alejandra Pizarnik había entrado ya en un bucle doloroso y desastroso. Nada, ni siquiera el goce de la lectura, la hacía

completamente feliz. Puede que fuera incluso la belleza de la felicidad lo que la abrumaba cuando esta llamaba a su puerta. Sus diarios son un campo de minas a este respecto. No hay página que no contenga un bajón, una tristeza:

> Esperanza, terror. Terror de estar bien, de ser castigada por cada minuto en que no me acongojo. En cuanto me siento mejor, espero el castigo. Es necesario llegar al fondo. A pesar de los terrores —son los máximos que he sentido hasta el presente—, a pesar de ellos debo ir hasta el fondo. Ahora se reunieron todos los temores infantiles, precisamente ahora en que comienzo a ser adulta. Pero se reunieron por eso.[41]

Y pese al terror, ella era generosa. Por mucha ansia que Alejandra Pizarnik tuviera por la fama, en realidad era una amiga amorosa. Apoyaba el trabajo de sus amigas y defendía sus poéticas radicales. Toda la generosidad que podemos esperar, por otro lado, de alguien que a diario se derrumba. De alguien que tan a menudo sueña con no volver a despertar.

Pizarnik se siente perdida en este mundo y en el otro.

Hablamos hasta la madrugada de su viaje a Nueva York en 1969, el año de la última actuación de los Beatles y de la llegada a la Luna; el mismo año en que regresa a París. La poeta no encuentra en ninguno de esos lugares un verdadero hogar. Ahora que el dinero no es un problema, tampoco hay en la experiencia parisina un goce como el que había experimentado a los veintitantos años. Del mismo modo en

que Estados Unidos provoca en ella desazón —fanática de la cultura francófona, allí se sentía perdida, una hormiga—, el regreso a su París ya muerto y desmembrado le infunde rabia.

SEA CUAL SEA LA CIUDAD, IMAGINO A ALEJANDRA VAGANDO SOLA CONTRACORRIENTE, COMO EN EL CUADRO «TARDE EN KARL JOHAN», DE EDVARD MUNCH.

En una carta a su amiga poeta Ivonne Bordelois reconoce que estaba horrorizada. Que allí donde ella se había guiñado el ojo con Bataille había ahora «jovenzuelos de rostros desiertos con pantalones de gamuza y el uniforme erótico-perverso del hippie de luxe».[42] Tal vez a sus treinta y tres años se veía reflejada en esos desharrapados. Podríamos creer que lo que le desagradó fue darse cuenta de que las generaciones pasan, ocurren y cambian. ¿Y a cuál pertenecía ella entonces? ¿Dónde estaba su París? ¿Por qué nadie la miraba en esos cafés de Saint-Germain con el mismo amor con el que ella se hundía en los ojos de sus poetas, filósofos, cineastas o artistas preferidos?

6 de mayo

Alejandra fuma apoyada en mi ventana y con sus grandes ojos vigila la noche. O más bien es la noche la que la vigila a ella porque escribe sobre su propia muerte y está segura de ella. Hace muchos meses ya que convivimos y leo sobre su sentimiento de angustia y separación de los demás, de todo lo exterior, de todo lo que no sea el poema.

Las palabras han dejado de ayudarla a respirar y en pocos meses escribirá. «Aparentemente es el final. Quiero morir. Lo quiero con seriedad, con vocación íntegra».[43]

7 de mayo

Hoy descubro que las motitas de mis alas se pueden alargar hasta formar rayas, y las rayas se cierran para volver a ser crisálida. El

miedo sigue ahí, por supuesto. Me tumbo en el sofá para analizar qué me pasa y por qué.

Voy a dibujar sobre esto para exorcizarlo, viñetas cargadas de melancolía cotidiana que salen durante toda la mañana en una jornada de trabajo que disfruto porque es para mí, y eso es jodidamente liberador.

Mientras, Alejandra escribe con su ruidosa máquina de escribir, tic-tic-tic-tic, para un diario que se convierte no ya en una anotación de sus vivencias y de sus sentimientos, como hasta la fecha, sino más bien en una descripción de todo lo que lee, lo que desea leer y lo que nunca leerá. La poeta se flagela por no ser tan erudita como su amigo Octavio Paz. Se lamenta de no entender los idiomas como su amigo Julio Cortázar. Se insulta por no desarrollar las relaciones sociales como su amiga Silvina Ocampo. Se llama inepta porque sospecha que todo lo que lee pasa por ella sin dejar rastro en su alma. Se empeña en estudiar, en almacenar información, en entender diferentes literaturas, pero siente que ese ejercicio ya no tiene sentido. La nostalgia por el descubrimiento es atroz. Antes leía para conocer el mundo, ahora ya no hay tanta posibilidad de descubrimiento como de especialización, y eso es penoso.

«¿Es posible leer nada más que poesía? No lo creo»,[44] escribe en un momento de sus diarios. «En cuanto a V. Woolf, la admiro y casi la adoro, solo que no puedo leerla», recalca un poco más adelante. Como si se estuviera atiborrando de una literatura que nunca será capaz de asimilar.

No saber leer... ¡Lo que faltaba! No saber leer, ni cómo, ni por qué... He aquí el verdadero efecto de «no tener una patria» para Alejandra Pizarnik.

9 de mayo

Alejandra se aleja poco a poco de cualquier forma de amor y se pierde en su propia forma creativa. Su mundo interior la devora mientras yo doy la vuelta a los discos de Billie Holiday, le dejo espacio para que escriba tranquila.

Alejandra se ha convertido en el tic-tic-tic nocturno y ansioso. Querida, ¿podremos salir vivas de aquí? ¿Llegaremos a vencer la negrura de nuestra existencia? ¿Merece la pena seguir luchando?

Al hablar de la salud mental de escritoras como Sylvia Plath, Virginia Woolf o Anne Sexton, aún hay quien lo hace con un tono despectivo. Hoy, que el suicidio es una de las causas de muerte más atronadoras para los jóvenes, merece la pena detenerse en todas esas oscuridades del alma, y en por qué no cabe ignorar el dolor de quienes no encontraron otra salida a sus infiernos personales que la muerte. Alejandra Pizarnik suele ser mencionada en ese grupo infernal. En ese saco de voces que optaron por acabar con la oscuridad hundiéndose aún más en la noche.

11 de mayo

Un conejo blanco con un reloj en la mano.

Me incorporo en la cama, y el conejo se percata y se me queda mirando. Mira el reloj, me mira a mí, mira el reloj y sale corriendo. Hay tierra por todas partes. Alejandra, qué has hecho.

En el suelo del salón ha aparecido un agujero enorme, no alcanzo a ver el fondo. Miro a la escritora y ella se encoge de hombros, apaga el cigarrillo, tose y sigue escribiendo. Alejandra arrastra ojeras oscuras, se está quedando muy delgada y se le llena la mesa de remedios y pastillas: pastillas para estar arriba, para estar abajo, para no tener hambre, para tenerla, para relajarse, para activarse. También han crecido flores nuevas, nos comen los cuervos, hay copas de vino llenas de sangre, por mi ventana ahora se ve un precioso jardín con esculturas de piedra y fuentes..., pero lo que más gracia me hace (y esto es irónico) es que hay una esbelta figura vestida con una túnica negra y una guadaña sentada en el sofá.

Está esperando a que Alejandra termine de escribir.

Me preparo el desayuno sin poder encajar la mandíbula, no doy crédito. Es la rebelión del mundo alejandrino, es la oscuridad y las voces, la muerte y la pérdida de la escritora en otros mundos, los que se ha traído aquí.

El libro que Alejandra está escribiendo mientras personajes varios se acumulan en mi salón es el libro que recoge sus voces, los asaltos constantes de sus fantasmas, el recorrido de su noche oscura certificado a la perfección. Se trata de *El infierno musical*, un libro de poemas que saldrá a la luz en 1971, un año antes de que ella decida quitarse la vida atiborrándose de las pastillas que en apariencia servían para curar sus achaques mentales y depresivos.

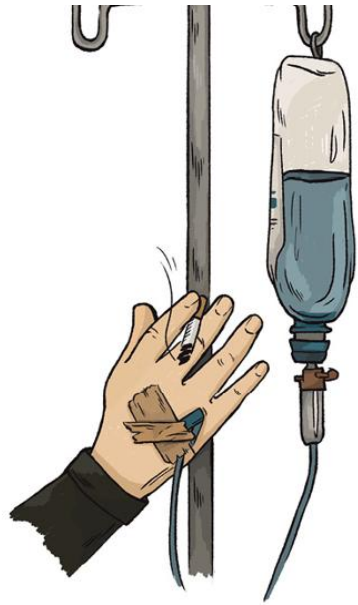
«No puedo hablar con mi voz sino con mis voces»,[45] dice en uno de los primeros textos, un alarde intensísimo de su bipolaridad. Se trata del más terrorífico de sus libros, un buen resumen de lo que significó su obra, su salud mental entera, y de lo que supuso, en definitiva, todo ese juego de roles alejandrinos con el que tanto tiempo se vio obligada a cargar. Astillas en la mente, pinchazos, una tromba de miedo sobre sus esperanzas.

Uno de los versos más citados de la poeta proviene de este libro: «Todo hace el amor con el silencio». Dice también: «Si silencio es tentación y promesa»; ¿se refiere al silencio verdadero? ¿A ese que solo puede llegar con la proclamación de la muerte?

Podría ser que la respuesta a todas esas preguntas estuviera en el poema «A plena pérdida», un texto en el que se atisba una despedida. Pero no una de esas muchas despedidas que ya nos había regalado Alejandra en sus siempre oscuros textos. Aquí la noche se encuentra consigo misma. Ya había dolor. Ya había despedida. Ya sabía cuál era su destino.

En 1971, ella iba a los hospitales psiquiátricos, donde se la ingresaba ya no se sabe si por voluntad propia o contra ella. Sobre su relación con los centros de salud, su biógrafa Cristina Piña tiene muchas dudas y cree que siempre será una incógnita. Por ejemplo, en una entrevista concedida a *Clarín*, Piña habló sobre las constantes menciones de Alejandra al hospital Sainte-Anne de París: «No hubo forma de corroborar si estuvo internada en ese lugar o por qué lo menciona. Fui dos veces hasta allí, pero los archivos se tiran tras diez años. Esas referencias van a quedar como parte del misterio de su vida, probablemente para siempre». Sea como sea, desde el

psiquiátrico de Buenos Aires redactaba cartas a sus amigos, quienes llegaron a decirle, como Julio Cortázar, «Te quiero viva», ante sus constantes amenazas de suicidio.



«Imposible leer y escribir»; la melancolía la acosa. O «quisiera morirme»,[46] anota también en su diario, cada vez más deshilachado. Las pocas frases que escribe en sus cuadernos tienen que ver con nombres, iniciales de colegas, cosas que quiere hacer y que no hará, dolor de vida.

Ya sabía cuál era su destino. ¡Lo habíamos visto tantas veces en sus diarios! ¡Durante tanto tiempo había prometido o expresado la necesidad de matarse! Por eso en «A plena pérdida» está la clave de su pensamiento entero:

> *Los sortilegios emanan del nuevo centro de un poema a nadie dirigido. Hablo con la voz que está detrás de la voz y emito los mágicos sonidos de la endechadora. Una mirada azul aureolaba mi poema. Vida, mi vida, ¿qué has hecho de mi vida?*[47]

Antes de suicidarse, Sylvia Plath dejó junto a la cama de sus hijos un poco de leche, no fuera a ser que despertaran con hambre.

Virginia Woolf escribió una de las cartas de despedida más emotivas

de la historia a su esposo Leonard antes de llenarse los bolsillos de piedras y adentrarse en el río Ouse: «No creo que dos personas puedan ser más felices de lo que nosotros hemos sido».[48]

¿Qué dejaste tú en tu partida, Alejandra? ¿O acaso es que aún no te has ido?

alejandra

25 de mayo

Hoy leo que en la madrugada del 25 de septiembre de 1972, en su apartamento bonaerense de Montevideo, 980, Alejandra fumó un último cigarrillo y abrazó la oscuridad con cincuenta pastillas de Seconal Sodium.

Ya había intentado suicidarse antes. Hay quien cree que solo eran llamadas de atención. También hay quien sugiere que en ese tercer intento ella se equivocó, que fue un error, que no quería morir.

En la pizarra donde trabajaba sus traducciones y sus propios versos se habían encontrado un texto ínfimo, una nota de despedida escrita a tiza, irónicamente borrable como las pisadas que aguardan las olas en la orilla: «No quiero ir / nada más / que hasta el fondo».[49]

Así es como cerró su literatura para todos nosotros: buscando los posos de la copa, buscando el fondo de la caída para asentar los pies, tomar impulso y resurgir de las cenizas, aunque sea envuelta en palabras o disfrazada de fantasma.

Y en esa pulsión de muerte queda flotando un ansia de vida que se adhiere a sus poemas, a sus textos. Por eso leerla es desear estar viva, aunque tantas veces nos hable de la necesidad y de la urgencia de morir.

Miles de lectoras están vivas por ella.

Podemos certificarlo.

Podemos argumentarlo.

Podemos enseñar marcas, dejar pruebas, mostrar las señales.

A veces aprender a vivir es acariciar cicatrices.

Cómo nos engañó a todos con su ansia de morir, ¡si era eterna!

Cómo disfrazó la conciencia de su éxito con su miedo.

Sabía lo que nos estaba regalando.

Cigarrillo.

Humo.

Melancolía.

Un papel garabateado.

Eternidad.

Esa, y no otra, es la fe alejandrina.

2 de septiembre

Hoy se cumplen seis meses desde que di el primer paso para escapar del abismo. Seis meses desde que acepté la mano tendida y pedí ayuda. Seis meses de avances y retrocesos, de miedo y también de luces. Pasamos del frío dentro y fuera del cuerpo a los vestidos fluidos de flores para nuevos encuentros, para recibir las nuevas caricias de los otros cuerpos, o para disfrutar yo sola ahora que siento mi cuerpo tan mío. Paseo también sola o con mis amigas (ellas, a las que quiero por encima de todo), y no pienso en la muerte, pero si recaigo en ella es desde el cariño o desde el humor o la literatura, su túnica negra se puede pasear con tranquilidad: aprendí de Alejandra que el verdadero miedo es a otra cosa. Estoy en un encuentro conmigo misma y puedo invertir tiempo en ello. Un atisbo de vida, por fin.

Cambié la contraseña de mi Mac, de «Escitalopram15» a «joqueraroessentirsebien».

Junto con mi psiquiatra he ido preparando mi primer viaje (¡yo!, ¡yo viajando!) en mucho tiempo. Hemos hablado de las cosas buenas de viajar, de la ilusión y los cambios, de cómo no sentir vértigo rodeada de gente que tiene prisa, de respirar con calma, de no tener miedo a perderme.

En el avión activé el chorrito de aire sobre mi cabeza, cerré los ojos y escuché canciones de Julia Jacklin que llenaban mi asiento de pequeñas plantas, tarta de zanahoria y sol. Los ansiolíticos viajaron conmigo y pude dormir un poco. Cuando desperté, me pareció ver reflejada en la ventanilla la sonrisa pícara de Alejandra, su rostro difuminado por el humo del cigarrillo. Arqueaba una ceja y me preguntaba si estoy lista.

¿Lista para qué? ¿Para vivir? ¿Para no temer la felicidad, ni el traspié, ni la caída? Si sirve como respuesta, sé que la oscuridad acecha, pero hoy no le tengo miedo.

Al levantarme esta mañana, he pensado en preparar una despedida.

Me visto y tiro de su brazo, ella se arrastra y le dice a la muerte, que desde hace meses espera en el sofá, que aguarde un ratito más, mon amie.

Llevo a Alejandra al jardín que siempre quiso ver, paseamos entre esculturas y fuentes y pájaros exóticos. Bebemos vino en un restaurante bonito. Me la llevo a bailar canciones de jazz y mientras ella fuma y se enamora sin retorno de la muerte, que ha venido siguiéndonos para bailar con ella, regresamos cogidas del brazo.

Tú te irás y yo me quedaré preparando café, preparando los días, preparando la soledad.

Preparo las crisálidas para cuando el miedo vuelva, porque volverá y no pasa nada. Lo preparo todo para cuando decidas irte, mi queridísima Flora Pizarnik. Buma, Sacha, Blímele... Eterna, sagrada, maldita Alejandra.

Agradecimientos

A todas las personas que habéis sufrido conmigo el paso de larva a polilla; sin vosotros este libro no existiría (ni yo tampoco): Andrea, Olalla, Chinchi, María, Álvaro, Teresa, Lolo.

Especialmente a Jessito Querido por enseñarme que el amor no para de transformarse, como nosotros mismos a través de los años.

Gracias infinitas a mi editora Lola, por su inmensa paciencia y cariño, y por cuidar de este insecto alado desde antes de que supiéramos que iba a serlo.

A Luna, por darle cariño y palabras a este libro, por prestarme su saber y por pasarme a su Maldita Alejandra en un papelito por debajo de la mesa para que habitara en las páginas de este diario.

A mi hermana y a mi padre, que son imprescindibles.

A mi madre, infinitamente.

Bibliografía

Aira, César, *Alejandra Pizarnik,* Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1998.

André, Christophe, *Psicología del miedo*, trad. de Alicia Sánchez Millet, Barcelona, Kairós, 2012.

Kamenszain, *Tamara, La edad de la poesía,* Buenos Aires, 1996.

Lutz, Deborah, *El gabinete de las hermanas Brontë,* Madrid, Siruela, 2015.

Miguel, Luna, *El coloquio de las perras,* Madrid. Capitán Swing, 2019.

— *Leer mata,* Valencia, La Caja Books, 2022.

Moreno, María, *Panfleto. Erótica y feminismo,* Barcelona, Literatura Random House, 2019.

Negroni, María, *El testigo lúcido,* Buenos Aires, Entropía, 2017.

Orozco, Olga, *Poesía completa,* Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2013.

Ostrov, Andrea (ed.), *Cartas: Alejandra Pizarnik/León Ostrov*, Barcelona, Eduvim, 2014.

Piña, Cristina, y Patricia Venti, *Alejandra Pizarnik. Biografía de un mito*, Barcelona, Lumen, 2022.

Pizarnik, Alejandra, *Diarios,* ed. de Ana Becciu, Barcelona, Lumen, 2016.

—*Nueva correspondencia (1955-1972)*, ed. de Ivonne Bordelois y Cristina Piña, Barcelona, Lumen, 2017.

— *Poesía completa,* ed. de Ana Becciu, Barcelona, Lumen, 2000.

—*Prosa completa*, ed. de Ana Becciu, Barcelona, Lumen, 2002.

Sánchez Seoane, Loreto, *Te quiero viva, burra,* Madrid, Círculo de Tiza, 2019.

Thénon, Susana, *La morada imposible,* Buenos Aires, Ediciones Corregidor, 2019.

VV. AA., *Atlas de literatura latinoamericana,* Madrid, Nórdica Libros,

2022.

VV. AA., *Literatura en Malba. Encuentros con escritores*, Buenos Aires, Fundación Eduardo F. Constantini, 2004.

Procedencia de los textos

[1] Del poema «Noche compartida en el recuerdo de una huida», en Alejandra Pizarnik, *Poesía completa*, p. 257.

[2] Christophe André, *Psicología del miedo*.

[3] Alejandra Pizarnik, *Diarios*, p. 306.

[4] del poema «Yo soy…», en Alejandra Pizarnik, *Poesía completa*, p. 30.

[5] del poema «Linterna sorda», en Alejandra, *Poesía completa*, p. 215.

[6] del poema «Poema para el padre», en Alejandra Pizarnik, *Poesía completa*, p. 370.

[7] Cristina Piña y Patricia Venti, *Alejandra Pizarnik. Biografía de un mito*, p. 39.

[8] Alejandra Pizarnik, *Diarios*, pp. 246, 102 y 656.

[9] Christophe André, *Psicología del miedo*.

[10] Alejandra Pizarnik, *Diarios*, p. 55.

[11] Cristina Piña y Patricia Venti, *Alejandra Pizarnik. Biografía de un mito*, p. 413.

[12] Alejandra Pizarnik, *Diarios*, p. 192.

[13] Cristina Piña y Patricia Venti, *Alejandra Pizarnik. Biografía de un mito*, p. 81.

[14] Alejandra Pizarnik, *Diarios*, pp. 98 y 390.

[15] del poema «Dédalus Joyce», en Alejandra Pizarnik, *Poesía completa*, p. 31.

[16] Alejandra Pizarnik, *Diarios*, p. 253.

[17] Entrevista a Olga Orozco, en *Literatura en Malba. Encuentros con escritores*, e incluida como anexo en *La voz de Olga Orozco*, de Jorge Monteleone (Buenos Aires, Fundación Malba, 2021).

[18] del poema «Tiempo», en Alejandra Pizarnik, *Poesía completa*, p.

76.

[19] Alejandra Pizarnik, *Diarios*, p. 237.

[20] Andrea Ostrov (ed.), *Cartas: Alejandra Pizarnik/León Ostrov*.

[21] Alejandra Pizarnik, *Diarios*, p. 76.

[22] Alejandra Pizarnik, *Diarios*, p. 192.

[23] Alejandra Pizarnik, *Diarios*, p. 319.

[24] del poema «Solo un nombre», en Alejandra Pizarnik, *Poesía completa*, p. 65.

[25] Alejandra Pizarnik, *Diarios*, pp. 97, 139 y 288.

[26] del poema «Una luz, una lámpara…», en Alejandra Pizarnik, *Poesía completa*, p. 327.

[27] María Moreno, *Panfleto. Erótica y feminismo*.

[28] del poema «Extracción de la piedra de locura», en Alejandra Pizarnik, *Poesía completa*, p. 253.

[29] Alejandra Pizarnik, *Nueva correspondencia*, p. 69.

[30] Cristina Piña y Patricia Venti, *Alejandra Pizarnik. Biografía de un mito*, p. 159.

[31] Alejandra Pizarnik, *Nueva correspondencia*, p. 59.

[32] Alejandra Pizarnik, *Diarios*, p. 347.

[33] Alejandra Pizarnik, *Diarios*, p. 348.

[34] del poema «Fiesta», en Alejandra Pizarnik, *Poesía completa*, p. 191.

[35] Cristina Piña y Patricia Venti, *Alejandra Pizarnik. Biografía de un mito*, p. 222.

[36] Alejandra Pizarnik, *Diarios*, pp. 1058 y 657.

[37] Alejandra Pizarnik, *Diarios*, p. 693.

[38] Alejandra Pizarnik, *Diarios*, p. 735.

[39] del poema, «Figuras y silencios», en Alejandra Pizarnik, *Poesía completa*, p. 222.

[40] Alejandra Pizarnik, *Diarios*, p. 863.

[41] Alejandra Pizarnik, *Diarios*, p. 737.

[42] Alejandra Pizarnik, *Nueva correspondencia*, p. 111.

[43] Alejandra Pizarnik, *Diarios*, p. 975.

[44] Alejandra Pizarnik, *Diarios*, pp. 870 y 880.

[45] de los poemas «Piedra fundamental», «Signos» y «Fuga en lila»,

en Alejandra Pizarnik, *Poesía completa*, pp. 264, 276 y 277.

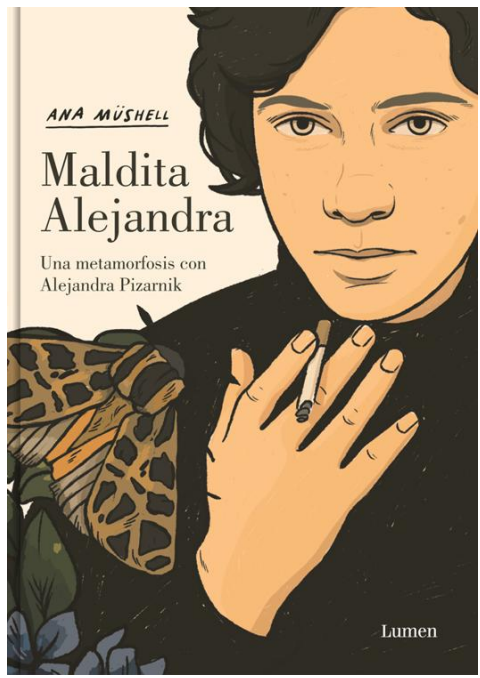
[46] Alejandra Pizarnik, *Diarios*, pp. 975 y 976.

[47] del poema «A plena pérdida», en Alejandra Pizarnik, *Poesía completa*, p. 290.

[48] Quentin Bell, *Virginia Woolf. Una biografía*, Barcelona, Lumen, 2022, p. 598.

[49] Cristina Piña y Patricia Venti, *Alejandra Pizarnik. Biografía de un mito*, p. 30.

En el 50.º aniversario de su muerte, un diario íntimo en torno a la vida de Alejandra Pizarnik, con el inconfundible estilo de una de las grandes autoras de gráfica de hoy.



En pleno episodio de agorafobia y tras una ruptura amorosa, la protagonista de esta historia decide sumergirse en la enigmática vida de Alejandra Pizarnik, en cuyos diarios y poemas encuentra las palabras exactas para describir sus temores. Hasta que la poeta irrumpe en su apartamento sin previo aviso, con su abrigo negro e inundándolo todo de versos, papelitos llenos de palabras y humo de cigarrillos. Con ella también llegan las flores, los discos de jazz y una multitud de escritores que se mezclan con los platos sin fregar, las cajas de ansiolíticos y de antidepresivos, y las copas de vino. ¿Podrá ayudarle la historia de la poeta mítica a comprender sus propios miedos y reconducir su vida?

La crítica ha dicho:

«En este manual de teoría pizarnikiana, que es a su vez el diario personal de una mujer millennial preocupada por el retrato de la salud mental, y que es al mismo tiempo un demasiado-demasiadísimo bello-bellisísimo álbum de ilustraciones, cualquier lector o lectora encontrará la literatura necesaria para curar sus heridas».
Luna Miguel

«Ana Müshell representa todo lo que algún día nos gustaría ser en la vida. Porque, aunque trate temas como la ansiedad y los miedos, tiene un estilo a la hora de plasmarlos que da hasta envidia (de la sana, por supuesto)».
Alba Sánchez, *MDC* (*Más de Cultura*)

Ana Müshell (Jerez de la Frontera, 1989) es artista e ilustradora. Ha publicado su trabajo en medios como *Vogue*, *GQ* y *Cinemanía* y ha colaborado con numerosas marcas. Tras autoeditar los fanzines *Pömelo* (2013), *Me parece sexy* (2016), *Vía de escape* (2017), *Aquí dentro* (2018) y *Sadness Motel (*2018), publicó la novela gráfica *Pink Mousse* (2017) y la biografía *Patti Smith. She has the power,* e ilustró la novela gráfica de Henar Álvarez *La mala leche (*2021). *Maldita Alejandra. Una metamorfosis con Alejandra Pizarnik* es su último libro, publicado por Lumen.

Primera edición: noviembre de 2022

© 2022, Ana Müshell
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, Luna Miguel, por el prólogo
© 2013, Myriam Pizarnik, por las citas de Alejandra Pizarnik, *Diarios*; © 2014, Myriam Pizarnik, por las citas de Alejandra Pizarnik, *Nueva correspondencia*; © 2020, Myriam Pizarnik, por las citas de Alejandra Pizarnik, *Poesía completa*; © 2021, Cristina Piña y Patricia Venti, por las citas de su libro Alejandra Pizarnik. *Biografía de un mito*

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Ana Mushell

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-2541-6

Compuesto por: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Maldita Alejandra

Prólogo. Ella creía que nadie amaba sus poemas

Larvas

Crisálida

Suave insecto con alas

Agradecimientos

Bibliografía

Procedencia de los textos

Sobre este libro

Sobre Ana Müshell

Créditos